

FIGURACION CANDENTE

otto apuy

FIGURACION
CANDENTE

BIBLIOTECA
NACIONAL

otto apuy

FIGURACION CANDENTE



EDITORIAL COSTA RICA
SAN JOSE / 1982

6
7 HI.
A655

01

741.2
A655d

Apuy, Otto
Dibujos de Otto Apuy. -- 1. ed. -- San José : Editorial Costa
Rica, 1982.
p. 104.

1. Dibujos - Costa Rica. I. Título.

DGB/PT

82-065

35313

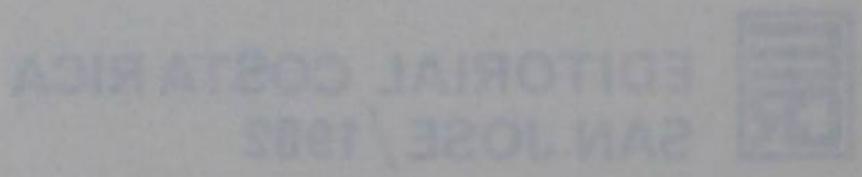
345103

c 3

21 MAR. 1983



© Otto Apuy
Editorial Costa Rica



Impreso en Costa Rica. Hecho el depósito de ley.

 IMPRESO POR IMPRENTA NACIONAL
LA URUCA, SAN JOSÉ, COSTA RICA, APDO. 5024

TEXTO INTRODUCTORIO

Cuando conocemos el final de la historia, el acto creativo debe tender siempre a negar lo que ha obstaculizado el desarrollo de la misma. Introducir en ella elementos —ahora estoy hablando propiamente de la que aquí se desarrolla— que más que una ilustración inteligente, está implícito un desarrollo de dos lenguajes: lo escrito y lo dibujado. La integración se logra en la disposición en que el espectador aporta a la hora de verlo. El mundo que rebela / en síntesis lo escrito, lo literario, es el acto creativo insubordinado / el poder de la creación para dominar su discurso, resuelto por intermedio de la ficción del texto fantástico. ¿No es acaso la fantasía el primer ingrediente de la imaginación? Y volver nuestra mirada al escenario, a la obviedad en que la historia de la religión, del lenguaje, del mito y la cultura siempre han estado integradas por un mismo principio: la “forma simbólica”, nos explica, que tratemos justamente de expresarnos con imágenes más allá de la representación misma del mundo de los signos. La palabra no representa necesariamente al objeto, no es una fotocopia como si una imagen del que individualmente cada persona tiene para sí. Es quizá por eso que recurrir a estas dos esferas del lenguaje y compararlas, remito a un mismo principio de percepción subjetiva. Ahora estoy hablando de los dibujos y del principio básico que les une: el descontento de la conciencia al recibir las expresiones de afuera, con una buena dosis mezclada de Rebeldía.

Esta actitud certifica el mundo de imágenes y signos expuestos independientemente contra una realidad objetiva de marcos definidos que obstaculizan la libre expresión del arte. Se deben tejer los lenguajes propios en la búsqueda eterna de otros. Reciban pues, esta incursión nueva de línea y punto, de la palabra, hilvanados de esperanza en nuestro destino mítico-mágico, en que cada imagen en esencia, en su demonio, contiene un alma. Una vida secreta interior.

Otto Apuy

Trazó un círculo obedeciendo la ignota orden de su cerebro. Había en su brazo, además de los filamentos del músculo, el gesto definitivo y genético. Su entera libertad demostraba una geometría en sus valores conclusos: fin y principio. Sin embargo la línea interminable, la identidad propia, la lectura de los intervalos equidistantes, le llevaron a descifrar el mágico inicio del trazo que nos precede y existe más allá de la muerte como única facultad de producir una respuesta: agujero, ano, anillo, aro, boca, cráter y cero. El círculo sobre el papel blanco se refleja en sus ojos como una pupila brillante, podía verlo en el cristal de la ventana que separa la escena, y en su memoria —la de la noche— con su paladeo de jazmín, de hojas mezcladas en el murmullo, la geometría exacta se convirtió en el receptor del momento exterior, oscuro, aromático, por donde el viento escabullía la significante indirecta de atraer y sublimizar los insectos en un acto sexual. Hecha la comunicación entre ambas: esfera y noche, implicaba un acto confesional en la voz que habita la dimensión trazada. El cerebro argumentó dolor de cabeza, una melancolía, un muro de acero. Los dos ojos del sujeto se posaron sobre el papel y ordenaron amablemente la ejecución del dibujo, hacer una correspondencia completando una singular fase, un doble esquema reproducido en la atmósfera del taller. La noche del jazmín tiene que ver, porque el ojo mira hacia afuera que sopla brisa. Los brazos que sostienen las ataduras, las muñecas fustigadas, huellas dolientes, intrusas se movieron hacia la plumilla que estaba al lado del tintero. La lámpara desintegrando sombras. Afuera la montaña se mueve como un animal. El ojo se posa en el círculo dibujado y reconoce que calcula su distancia para atraparse a sí mismo, como una huída infinita, como un universo compacto, como una danza prehistórica. El tiempo se detiene —pareciera que fuera a temblar— compensando

algo del pasado, como si otra línea pudiera alojarse en cualquier arco.

La inteligente circular no es el dolor ni una espera. Por los movimientos del ejecutante había descubierto desde su historia unas palabras a punto de brotar, se supone que por el miedo a la sorpresa, a la paranoia del bosque. No es en el círculo la cuestión, es en la medida de la línea, la orden y el resultado. La circunferencia calculada siempre obedece el mandato. Su cara esta atacada de líneas, rasguñada, agredida en las arrugas de su frente, en el temblor de sus manos se adivina, se avecina lo insospechado para decir con sus secos labios:

¡Que no venga! , que se quede en la penumbra de su reino sin alba ni crepúsculo, que habite allí en lo oscuro del barranco, en la garganta virgen de cuenca de río, entre líquenes y helechos, que no pose su pisada sobre el musgo que marca el límite de imágenes en la piedra.

¡Que no venga!

Lo que deseo es que el sueño me olvide, que la memoria no interprete más allá de las imágenes, más que el signo al cual estoy destinado, que no sea la muerte y la solución un largo y penoso hastío. Quiero olvidar los colores oscuros, la enfermedad sangüinaria. Si digo que no venga golpeteando de angustia en forma atómica o de tornado es porque continuamente las huellas de las ataduras van desapareciendo del cuerpo físico.

Esta aridez del paisaje, este símbolo del miedo fue la testigo del expulsado en forma de explosión hedionda. El bisonte aún ruge en la caverna, el olor de su pigmento impregna la roca con sudor permanente. El animal, ahora que esta aquí, que lo taponen con piedra de cementerio, con roca de pirámide, con ladrillo de búnker, que vuelva a su



sitio y que sea intornable, que le machaquen el cuerpo alargado, que su cabeza no resplandezca al sol, que su brillo se oxide hasta la negrura, que no refulja con la luna llena. Que ya se convierte, que trata de meterse en el agujero de la tinta.

Mi cara esta atacada de rayas sangrantes, rasgo imborrable que autentifica la persistente necesidad de no sucumbir a la esterilidad, al cólico del dolor, a la actitud inevitable de la creación, como la obstinada rama que trata inútilmente de encontrar agua en esta sequía con un espontáneo movimiento convulsionado desde sus orígenes: impulso activo e involuntario de la desobediencia del cuerpo, de la mano separada que busca vengarse con la siguiente víctima, la oreja cortada, el ojo perdido, el diente olvidado. Es así que la página acepta el reto y se planta como un escenario, como ventana reflejando el espacio para desenmascarar al crimen, escamoteando, tergiversando la virtud de los espejos naturales: agua, hielo, jásped, metal pulido, diamante, ópalo. El desierto escenifica otro sueño reflejado en las dunas. La bala que enloquecida deambula en el bosque es otra sucesión de formas ondulantes. A veces el desierto es una piel.

Preparado el terreno: colinas para apuntar, recordar los olvidos del adversario, conocer los objetivos, la debilidad del agresor o la víctima, la órbita del obús, el tiempo de la granada, la mira perfecta y segura, la velocidad del viento, contener el respiro, el deseo inconfesable de la violencia.

Cuatro columnas sostiene el tablero, los contendientes se aprestan al toque de corneta, como último aviso, en la represión del aire.

Aquí está el pequeño tabernáculo. Se origina el rito, se hacen los preparativos: la daga, la plumilla reluciente, limpiada con los más finos lienzos de oriente. Se pasa el lomo



de la mano sobre la textura tierna del papel, se sopla, se limpia.

Primero sospeché un leve dolor en la cadera izquierda, un estupor me recorrió hasta la médula, aún así, la mano se lanzó valiente con la plumilla en la mano, galante, airosa, decidida, trazando líneas verticales, pero en verdad debo confesar que pretendía que fueran horizontales. Realicé de nuevo el intento y las líneas se convirtieron en un torbellino, a otro ritmo, mi imaginación no acertaba a comprender, que había una posesión, era otra mano que guiaba, lleno de rabia la apreté y la lancé a un lado de la mesa, se quedó inmóvil, la así con los dedos y la mojé en el tintero tratando de ahogarla, se soltó con un salto olímpico y arrastrándose con su cuerpo llegó de nuevo a la página, loca y vertiginosamente siguió trazando tornados y nebulosas, en la figuración monstruosa que hacía, había una reacción convulsiva, porque se dio vuelta y me lanzó una mancha a la camisa, después que atacó me le quedé mirando, pensando qué hacer. Imaginé que se reía de mí porque rodaba sobre su cuerpo de izquierda a derecha, dando saltitos nerviosos, como burlándose, hasta que llegó a mi mano y se posó, se introdujo entre mis dedos. Ya no bastaba que se quedara inmóvil porque mi cuerpo experimentaba escalofríos, el terror se iba apoderando de mi cara, veía mi mueca, mi nariz torcida me sonrojaba ante lo imposible, no podía creer que todo fuera verdad. La pluma la sentía caliente, por mis venas subía su palpar como si tuviera corazón, parecía tener mi propio miedo, lo adivinaba como los perros. Se mojó en el tintero y saltó hasta mis muñecas, dibujando líneas alrededor de mis nervios y mi carne, luego, en la otra muñeca hizo lo mismo. Quedé atado, indefenso, no había otra razón en los trazos seguros y negros, me iba culpabilizando, se iba tejiendo, volvió de nuevo al papel y dibujó manchas que fueron convir-

tiéndose en caras dando forma al enemigo. Decidí preguntar, desenmascarar, mi última opción ante el enemigo, código borrado de lluvia y tiempo, largas tonalidades aparecían en esos rostros tortuosos.

En mis propias líneas me dolían las ataduras, esos hilos negros parecían penetrarme la carne, y en la sangre sentía el hervor de su pigmento. La feroz acometida me punzaba la columna vertebral. Mi tórax, mis gestos complementaron la decisiva pregunta, pero la plumilla adelantándose a mi pensamiento, como si hubiera calculado mi meditación, se metió al tintero empapándose, se me enfrentó y amenazó: “no me interpretes, no preguntes”, así me dijo. Estaba suspendida en el aire girando como hélice, un brillo apenas perceptible le rodeaba. Me trazó otra línea sobre mi mejilla, volviendo a repetir: “no pienses”. Hizo lo mismo con mi nariz aseverando: “no debes sentir”, y sobre mis ojos giraba, alcanzaba a mirar el círculo pequeño que hacía, adivinaba su filo. “Esta vez por tu culpa”, y seguía dando vueltas, repitiéndome: Por tu grandísima culpa”, me punzaba las sienes, la tinta iba resbalando, sentía el frescor del líquido en la cuenca del pecho y en las piernas. Estaba a la espera del desenlace. ¡Que venga la muerte! decía en mis pensamientos como si la plumilla los estuviera leyendo, un final en este aquelarre de signos, un punto y aparte para pasar a siempre, a otro mundo que no te ate, ni te ataque, ni retrate su moral y prejuicios enfrente mío, en la memoria insolente de la creación. Estás exhausto, sin derecho a sucumbir, a decir basta, sin permiso para la elipsis que es saltar a los orígenes, no, jamás dirás te rindes, ni doblegarás tu cuerpo y alma. Sobre mi frente la infatigable plumilla trazaba mas líneas, establecía un crucigrama funesto, iba y volvía al tintero con la prisa mecánica de un verdugo, orbitaba por mis ojos, apenas a veces oía el

relampaguear de su paso por mis oídos, el zumbido del acero que hacía saltar nerviosas mis abultadas sienas. Al cabo de unos minutos, mi estupor no tuvo límites, este demonio, trataba consiguiendo bastante bien dibujar un rostro sobre el mío, una especie de otra cara disimulando mis facciones, como un rostro oculto encima de la piel, a veces las cejas como rayas alargadas, el ojo comprimido por una membrana que rodea al párpado y tiende a ensancharse como un pulmón visual. La línea que marca el límite de la cabeza iba arriba sin fin, un extremo que va de la boca al estómago. La estructura de su rostro recuerda una ignota geografía, es como una extensión deformada de mi frente, justo para medir el significado del pensamiento. Hay allí un remolino, una nariz que se abre a tal grado que hace insignificante la oreja puntiaguda, el costado derecho de su frente cae pesadamente sobre el hombro, el meridiano que le atraviesa llega hasta el cuello dividiendo la masa de carne en dos porciones distintas de color, sobre sus ojos un zigzagueante y simétrico haz de líneas relampaguea y llega hasta la cabeza que es sombrero, horizonte, que oculta muy bien el desprendimiento de células que es carne, que son nubes, masas de humo que se burlan de la geometría y la perspectiva. Las dos pirámides de su cabeza son volcanes. Esas formas extrañas y familiares, transfiguradas, sugerentes, no cabían en la fantasía de lo deforme, el fondo del paisaje era igual, las montañas y ríos eran picos y garras, el perímetro del ojo giraba como trompo, y su boca terminaba por ser la gruta llena de peligros para la aventura. La plumilla seguía incontenible en la regeneración por imágenes sin caos ni lógica, con la explosiva capacidad de crear nuevos órganos, nuevas membranas. Un nuevo terror se apoderó de mi cuerpo porque estaba aceptando la cara dibujada, la imagen transparente de mi cutis y mejillas, y consumido mitad a mitad

por la curiosidad y el dolor. El instrumento, su dibujar se hizo lento como recuperando la seguridad de su ataque, siendo más profundo porque retrocedía un metro, se quedaba titilando enfrente, apuntando la pupila, para venirse a toda velocidad hasta quedar justo en el punto del iris con su afilada arma. Aquí, una gota de sudor hubiera convertido un punto en diluvio.

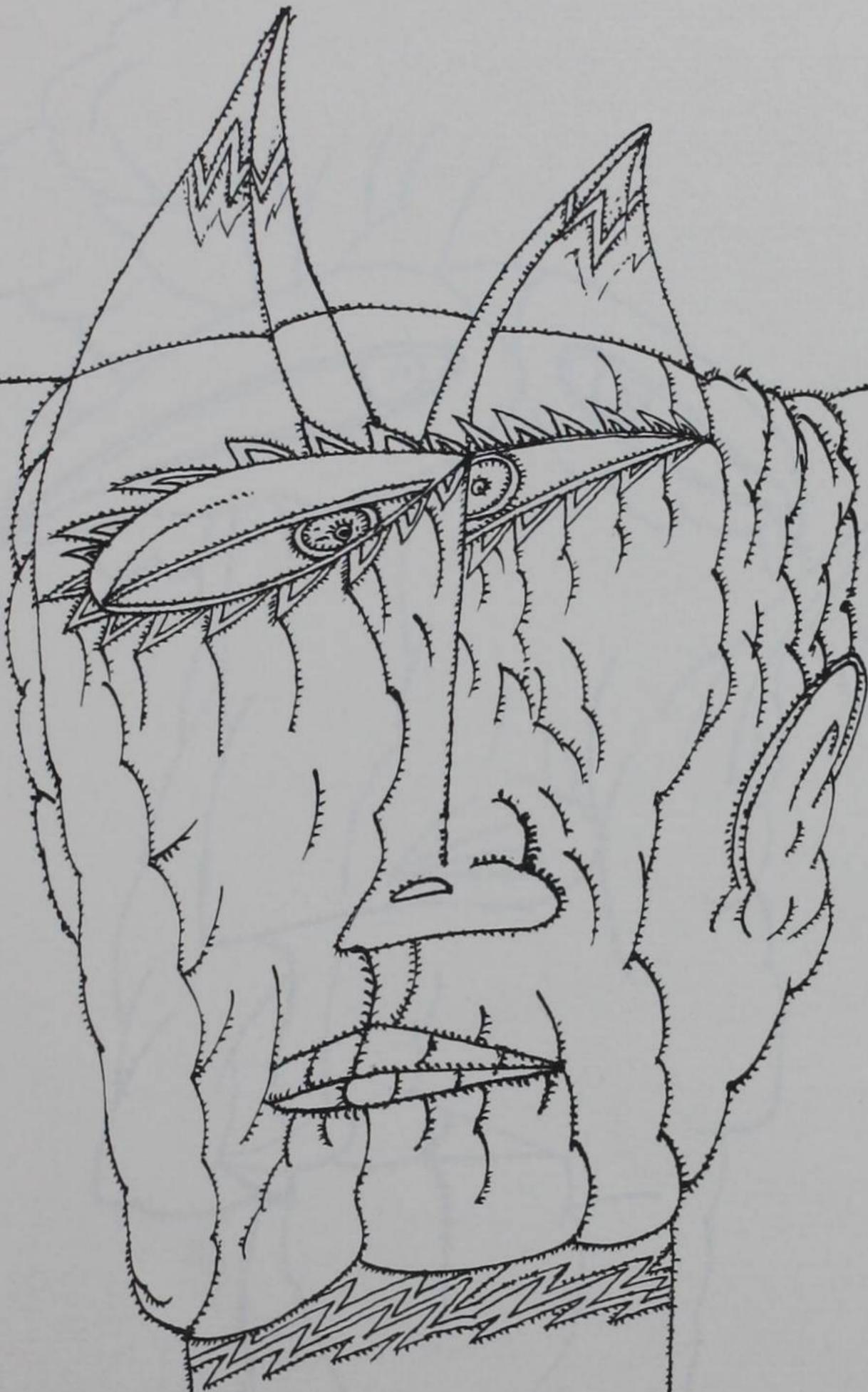
Y en este cuadro, en medio de las cortinas inversas, al final de la perspectiva que se traza en la mente: horizonte, cordillera, línea de árboles, frontera impuesta, placidez al final de cuentas. En esta cercana muerte ciega comencé a mirar tratando de leer, allí en ese rostro torturado, que el juego es figurado, en esta dimensión la prepotencia de la lanza, el preciso suspiro, es una sombra que pasa, un presentimiento, un estado que atomiza mis manos fustigadas. El dibujo de mí mismo, es una masa muda coronada de filamentos dispuestos a sobrevivir hasta límites inimaginables, y en la imposibilidad de ser ella misma también. Aún atado comprendí el aspecto figurado del dios inventado. Este certero punto enfrente de mi cabeza, este cara a cara, fue aprovechado por una densa nube que bajó mansamente al escenario y me fue cubriendo. Dentro de allí el aire era más pesado, como si fuese agua, polvo de lluvia, había una luz cernida como una constelación y afuera de ella, la guerra desigual impuesta cambiaba su destino. Este auxilio inesperado de la nube como pintura blanca, marfil, borrador fue la esperanza. La plumilla sin rumbo fijo, como hormiga sin antenas, rasgaba el papel, lo agredía con su lomo, el pico con su ojo de tinta coagulada perforaba la hoja, saltaba para clavarse implorando quizá por ahora mi presencia, los distintos rechineos parecían articular un lenguaje de perdón, de tregua, símbolo innegable de pérdida de fuerza, claudicar —para urguir desde la deshonestidad el

truco de la emboscada— por la derrota, por esta vez su color y fiereza pertenecen al mal y su oponente el borrador y el titanio. Su espacio, su cárcel, su color fueron cubriendo el poco blanco de su territorio, como un eclipse, como noche sin media luna que no contempla al punzón fiero y temible de ayer en la bestia seca y descargada de ahora.

Había que decirlo de nuevo: el aire, el agua, la luz, comprometidas en formar mi nueva placenta salvadora me depositaron la conciencia y en el lento tomar de aliento, la brisa festiva, la vida nueva, no quería decir que la historia acabara porque al pasar a la nueva página, la galería de rostros me recordaron al hombre detrás de todo presentimiento de terror. Esto no es un crimen perfecto, matar a los malos no es la solución. En el arte se trata de desligar datos, no dejar huellas para que lleguen hasta dentro de nosotros mismos, sin saberlo entonces tomemos aire fresco y oigamos el silbido fluído y grave, confundido con el lenguaje de las hojas y el ronquido de los troncos, así, la lanza se nos clave como bala perdida, porque muchas veces quien ordena fuego no sabe si su voz —en nuestro círculo— es puntería perfecta.



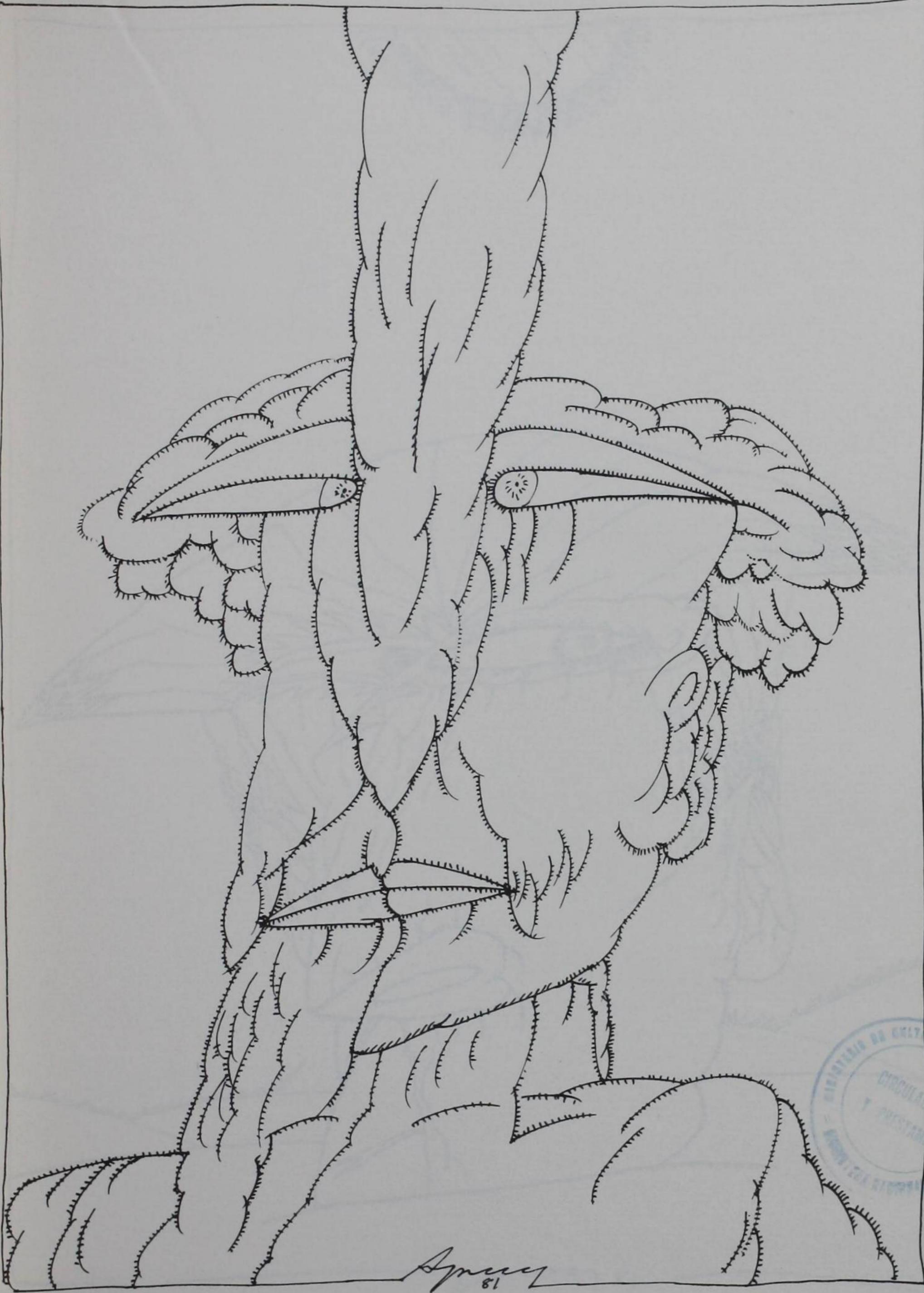
Dibujos

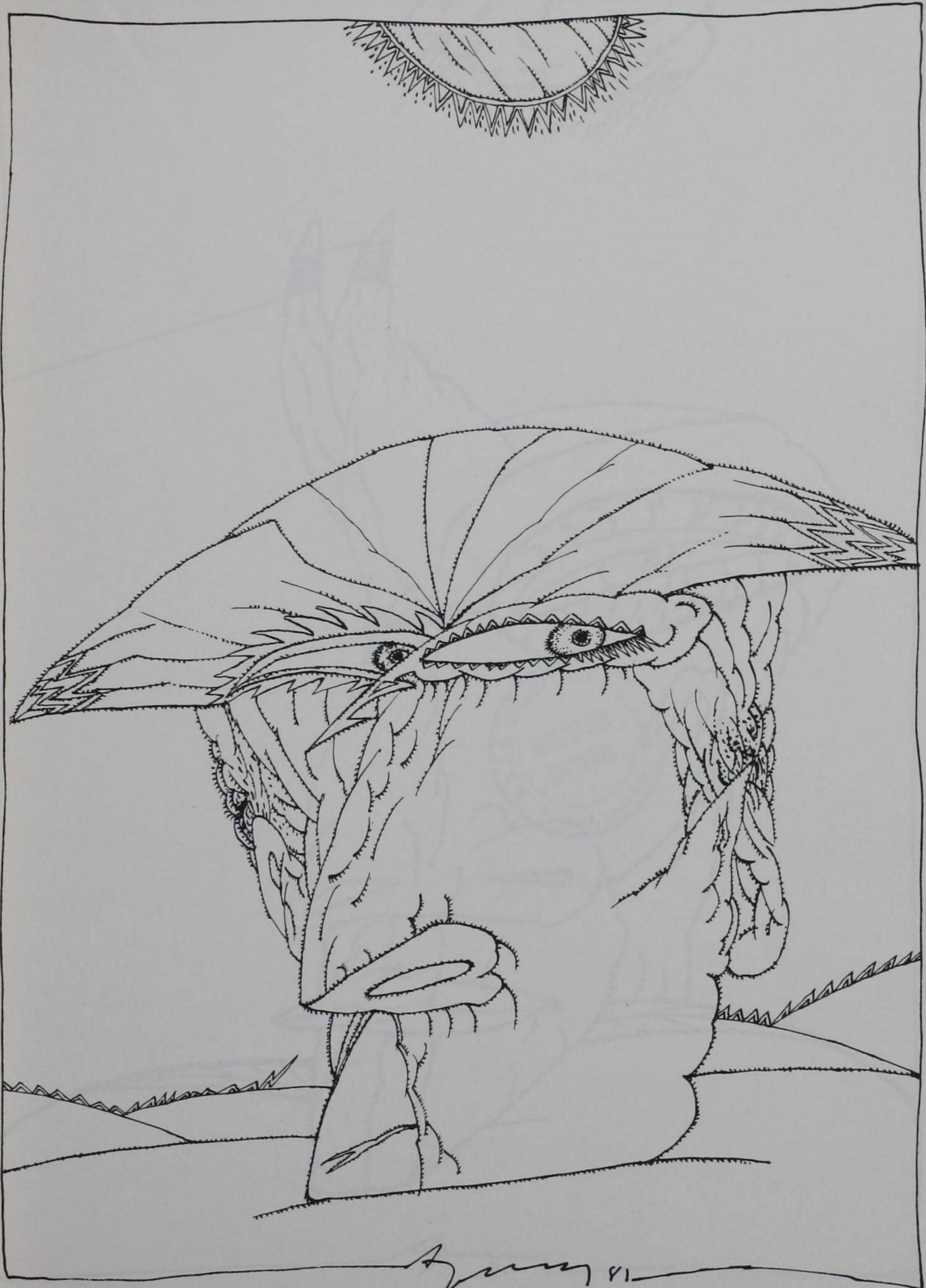


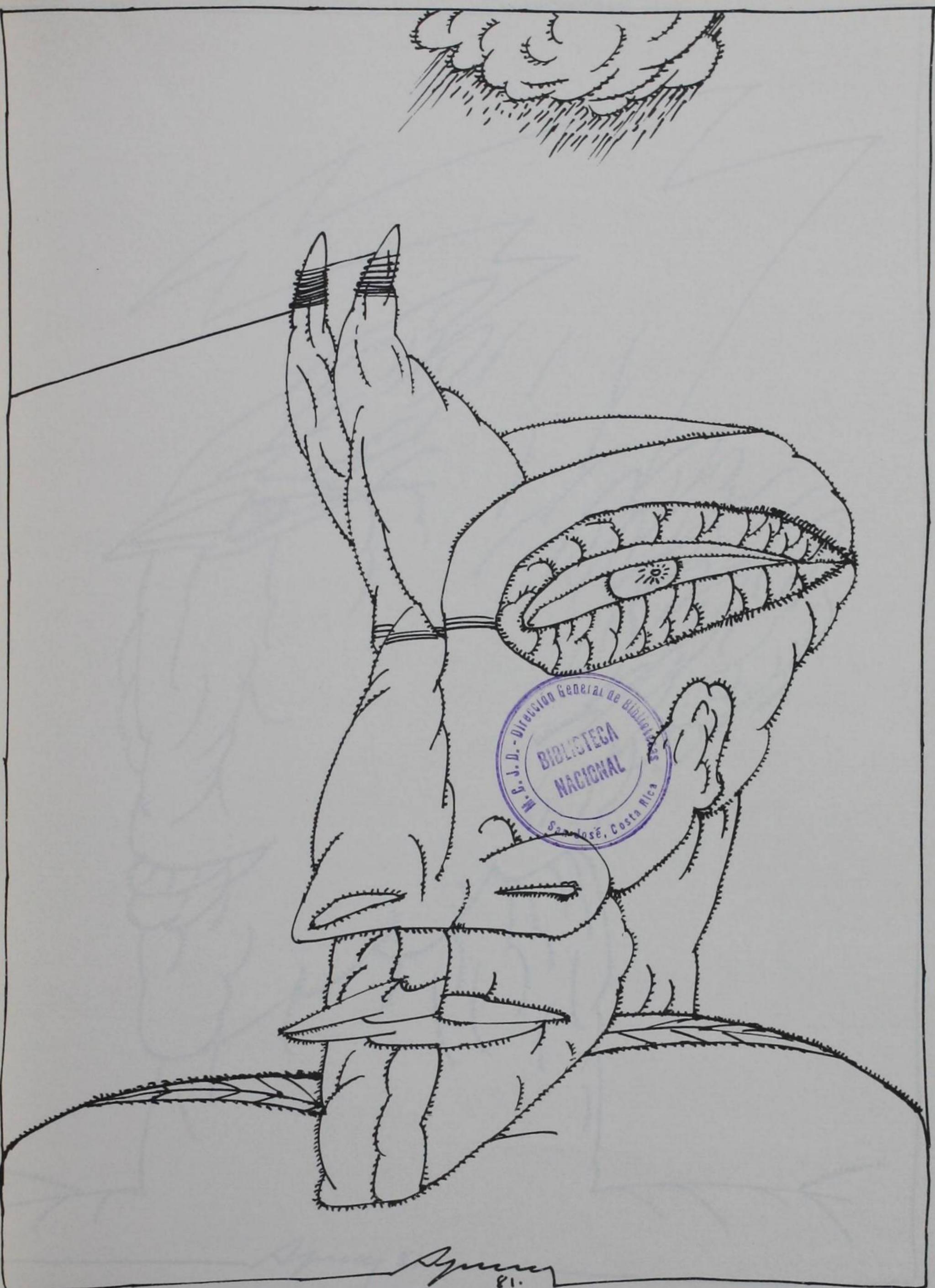
[Signature]
81.



[Signature]
81.

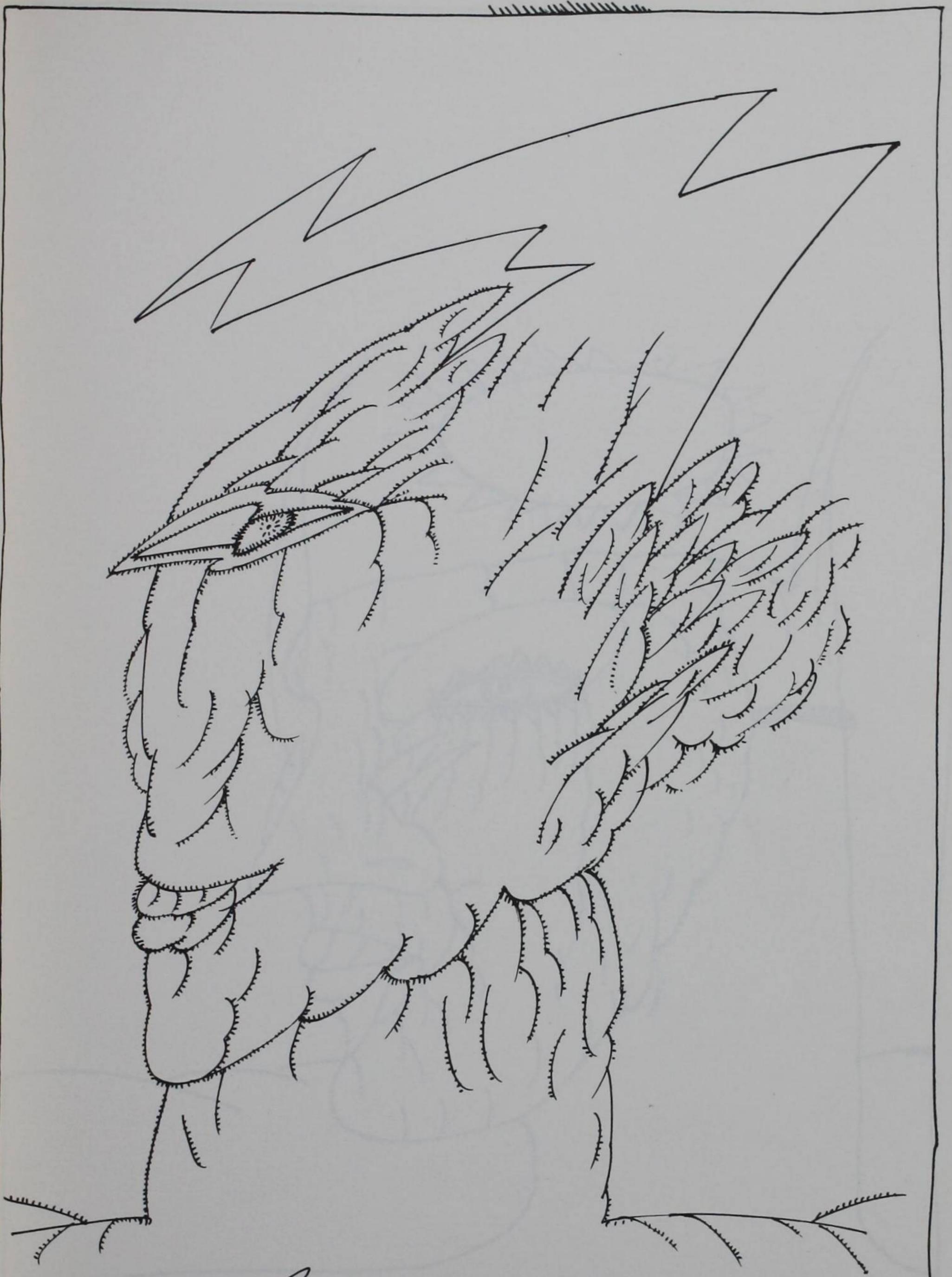






M. P. J. D. - Dirección General de Bibliotecas
BIBLIOTECA NACIONAL
San José, Costa Rica

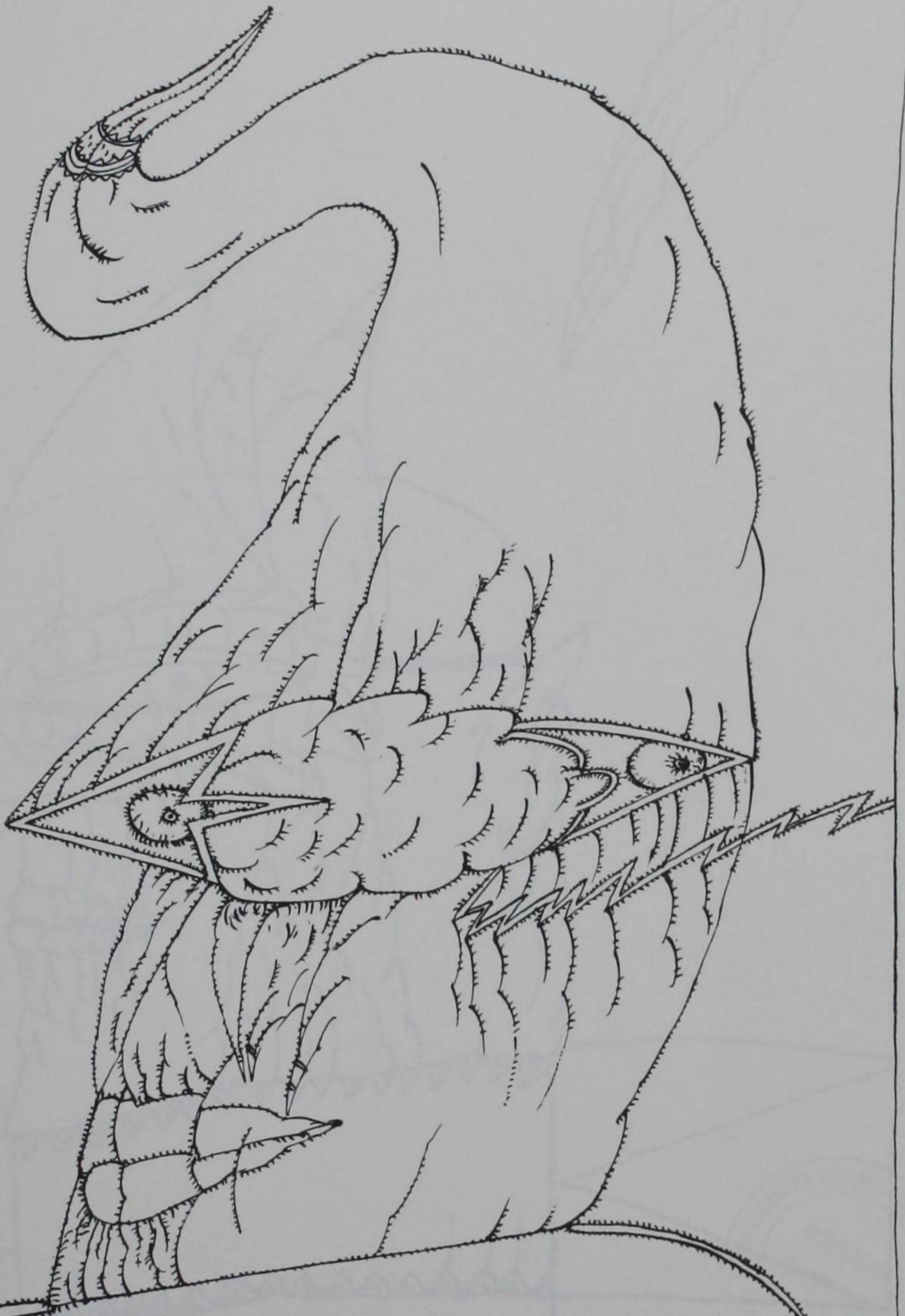
[Signature]
81.



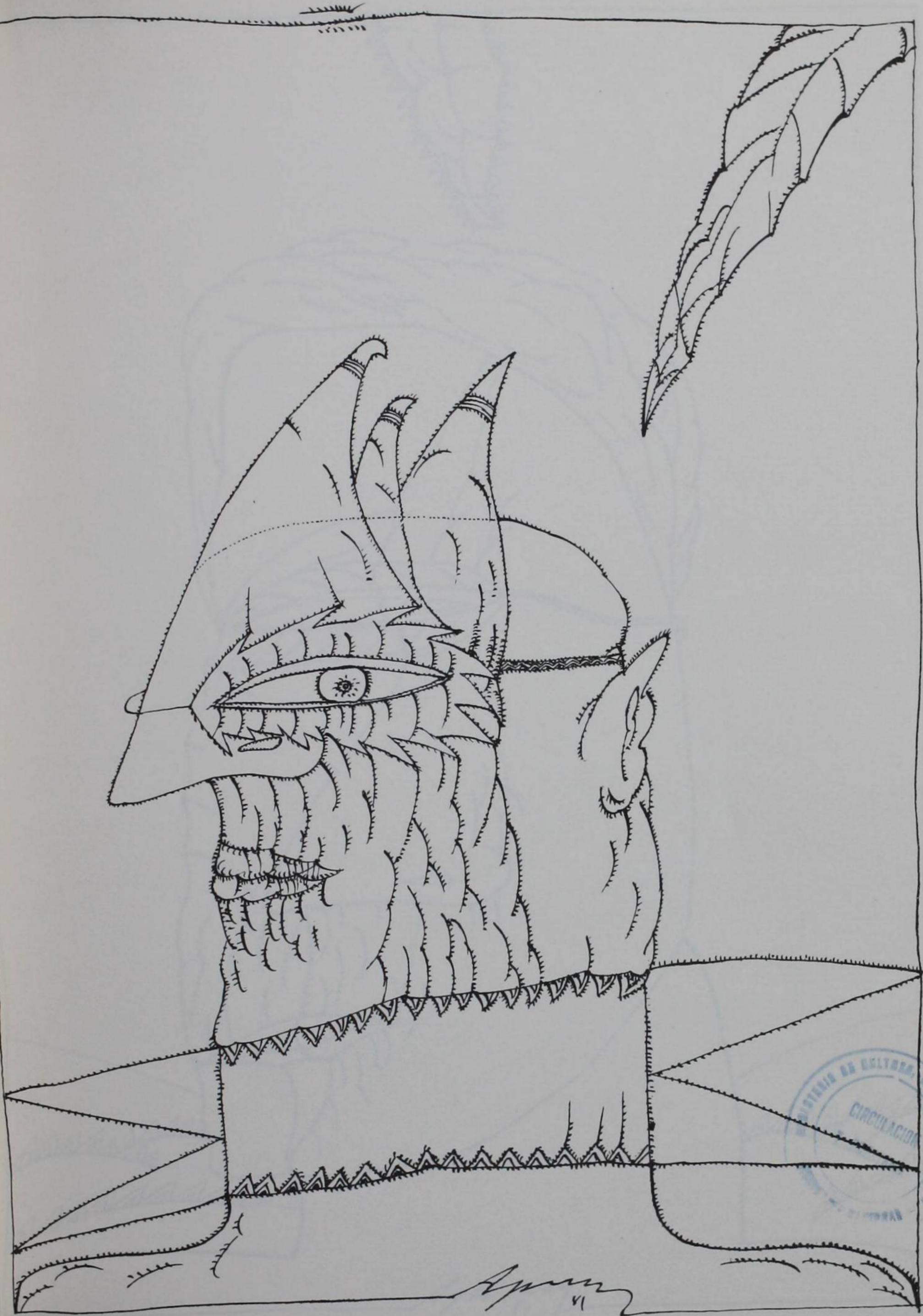
Apr 81

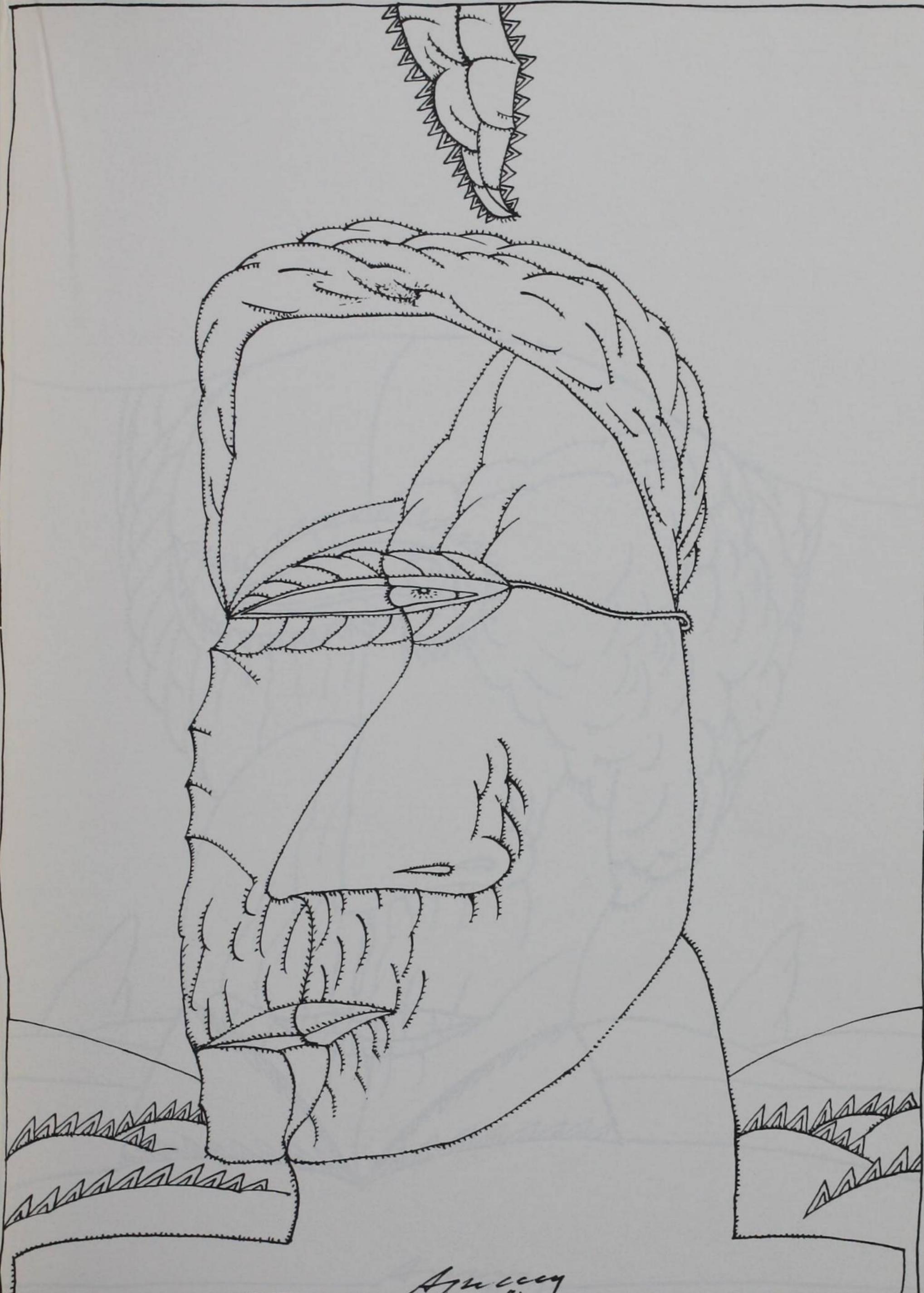


Agüero

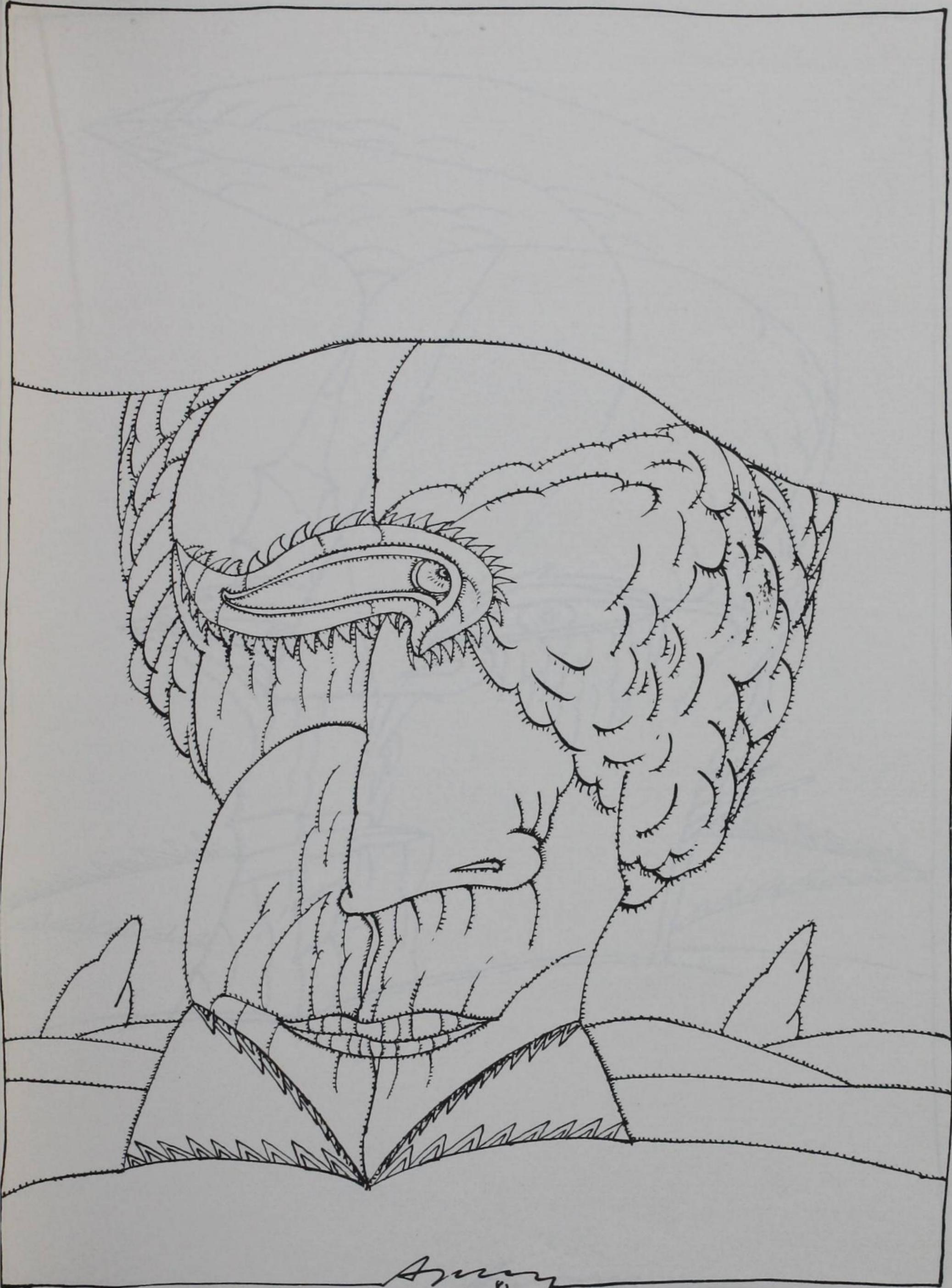


81

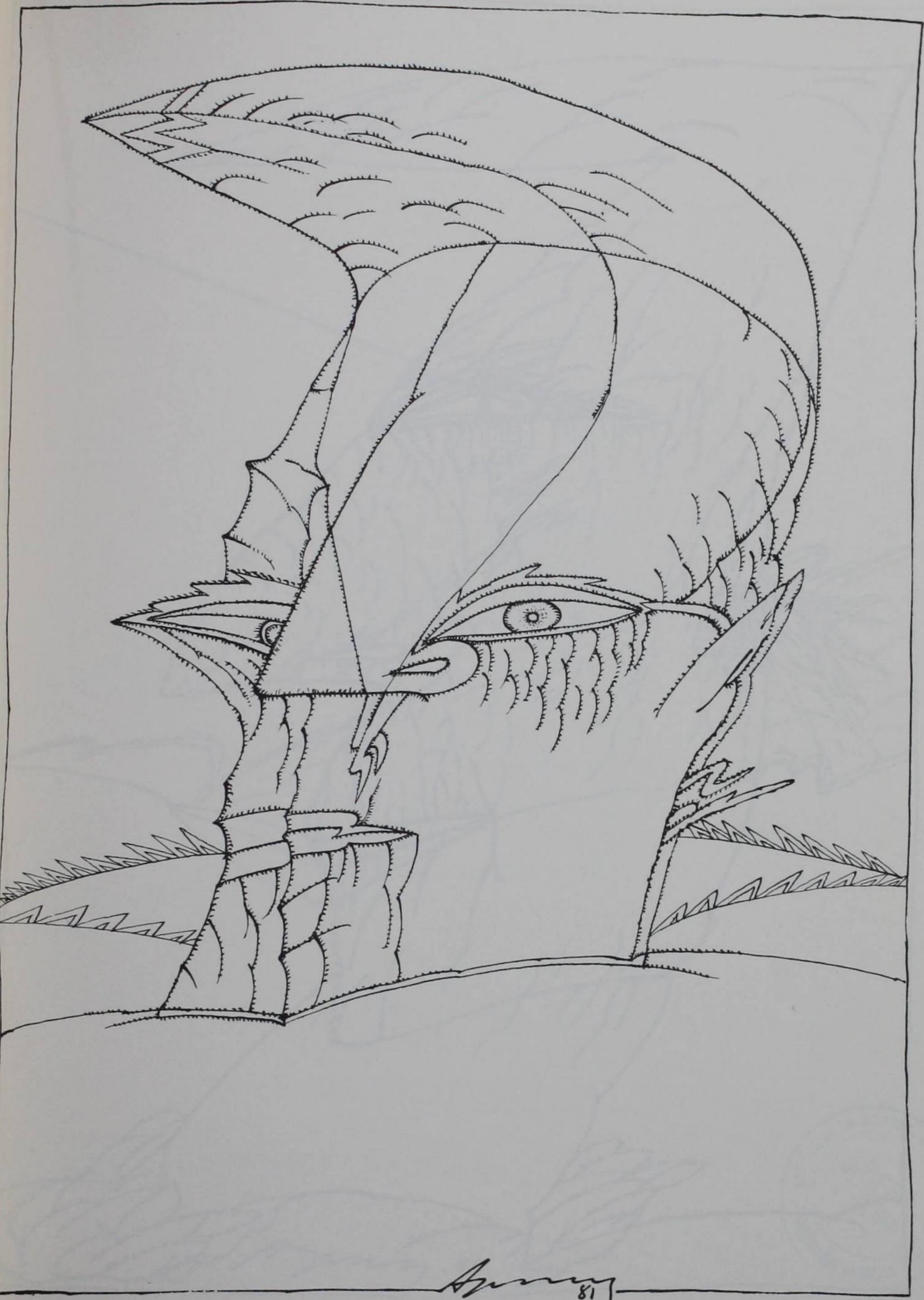




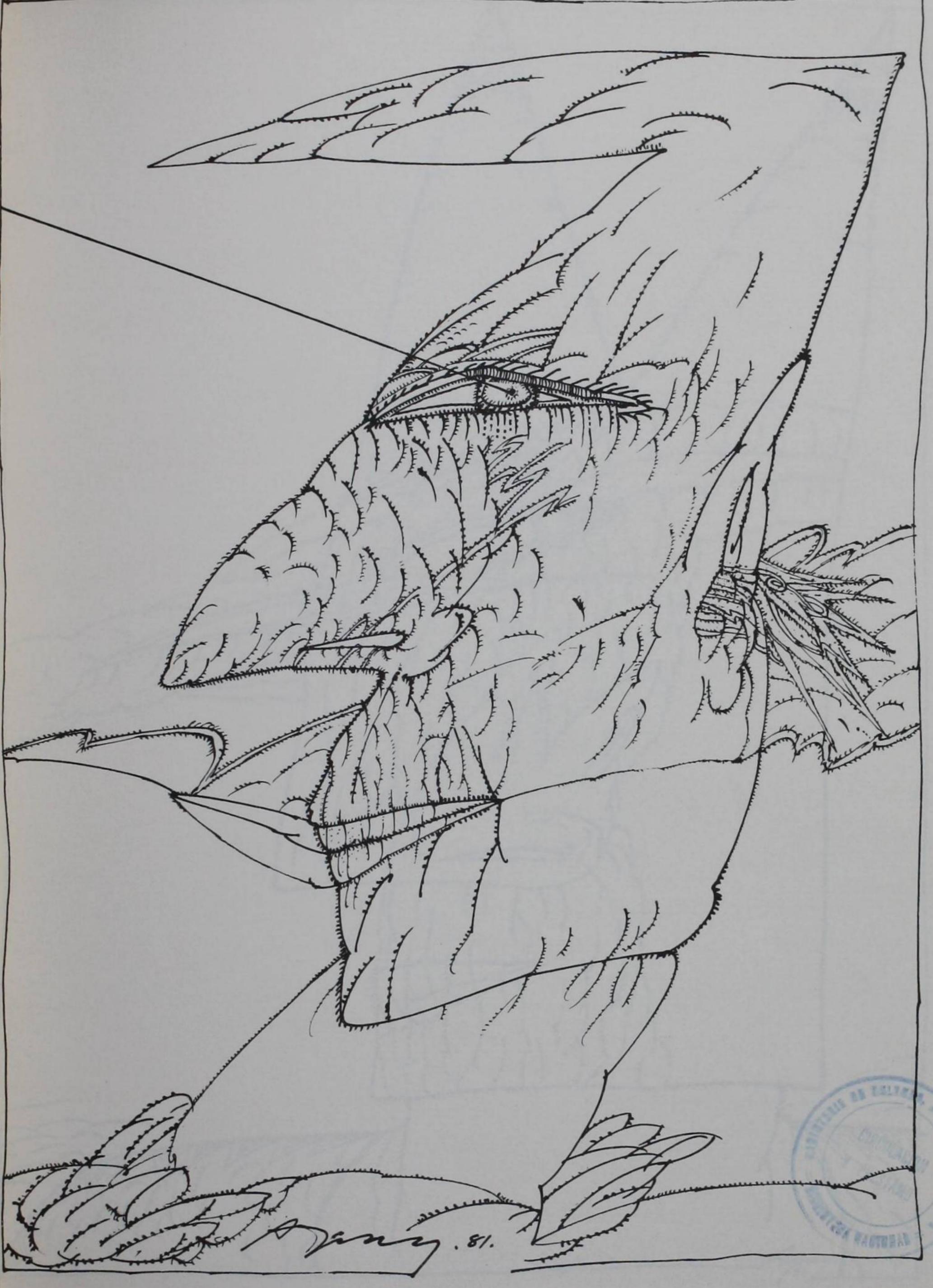
Aguacay
81



Arroyo
11

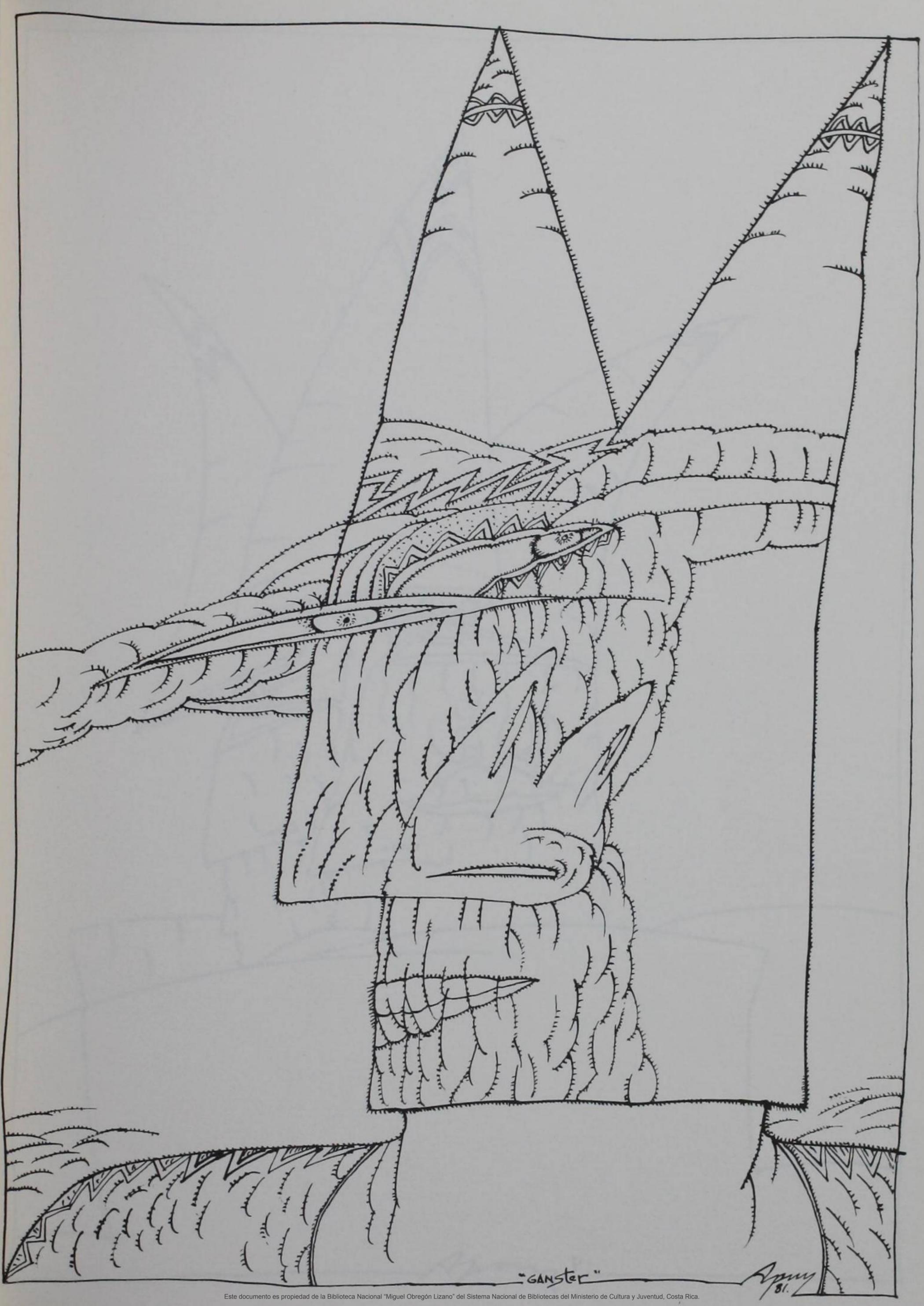


Arroyo
81



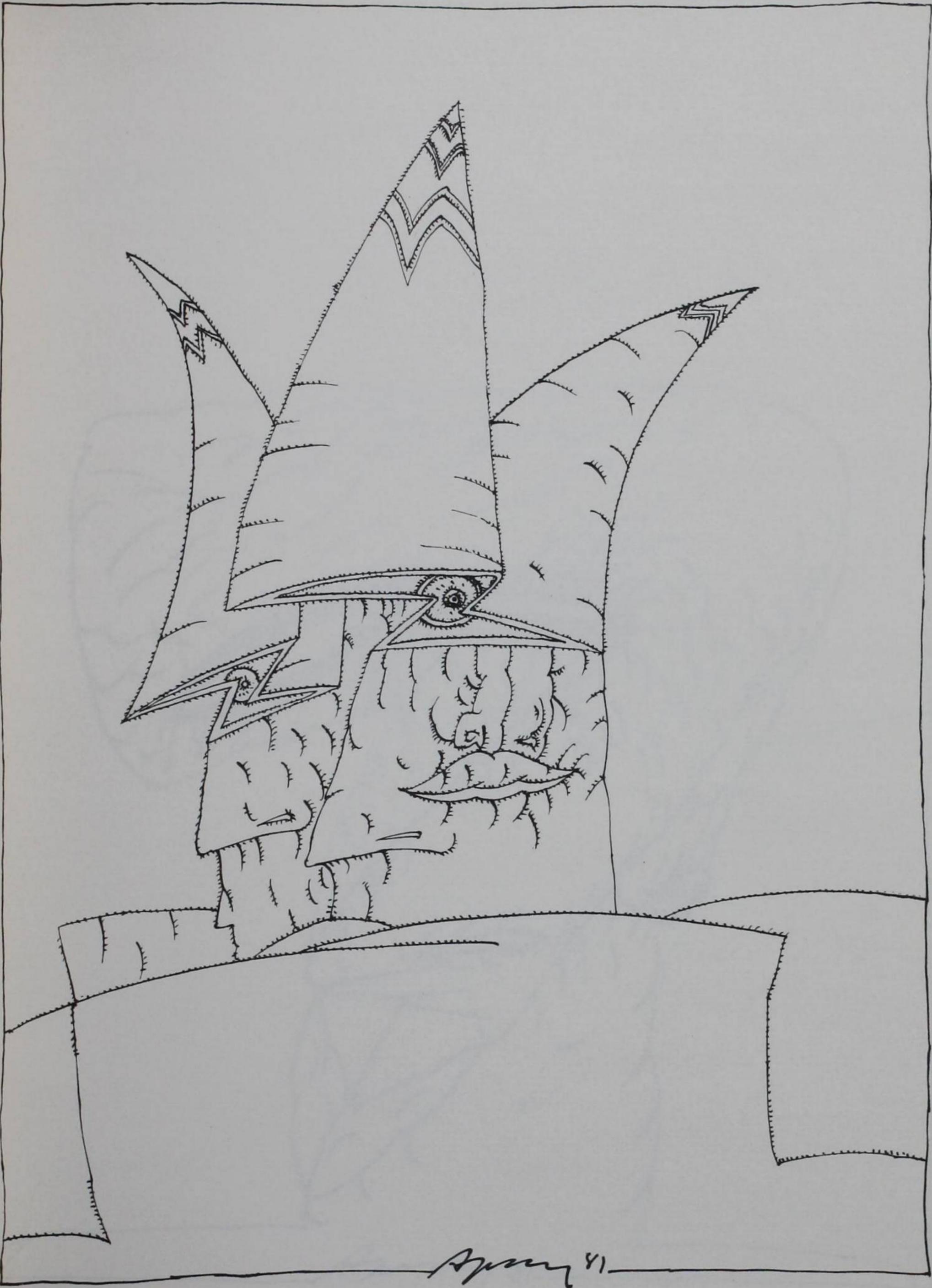
Agony . 81.



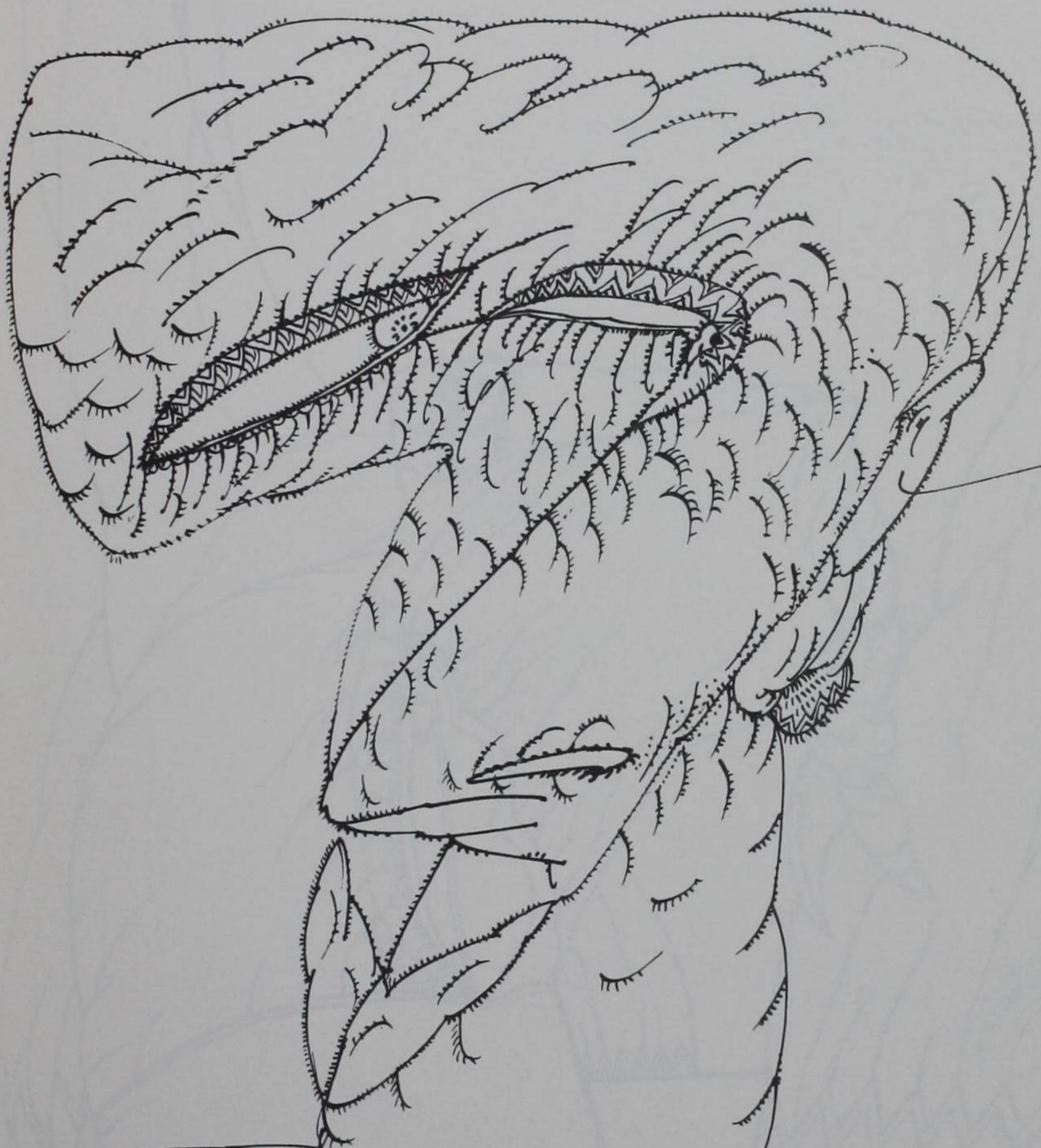


"GANSTER"

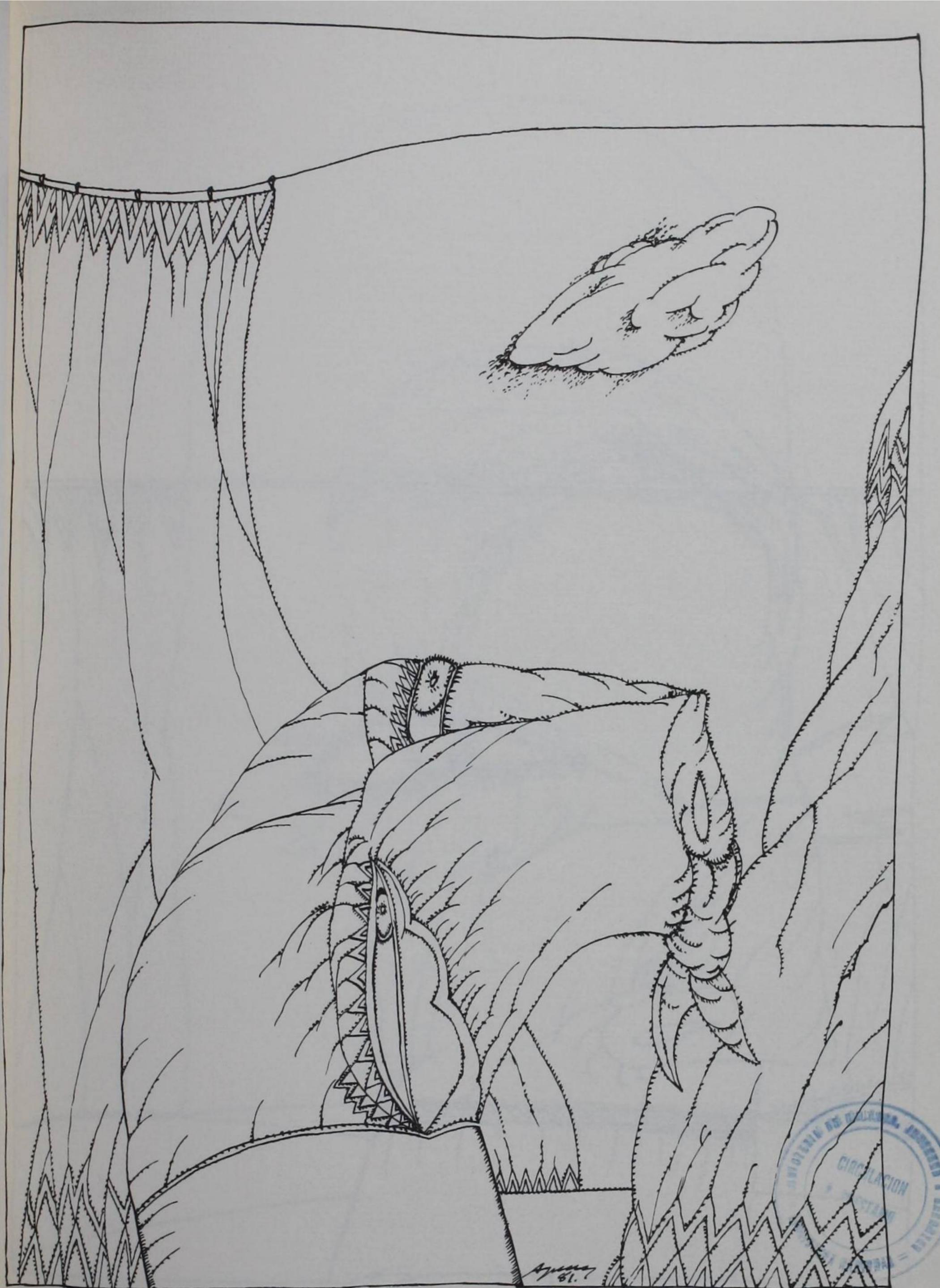
81.

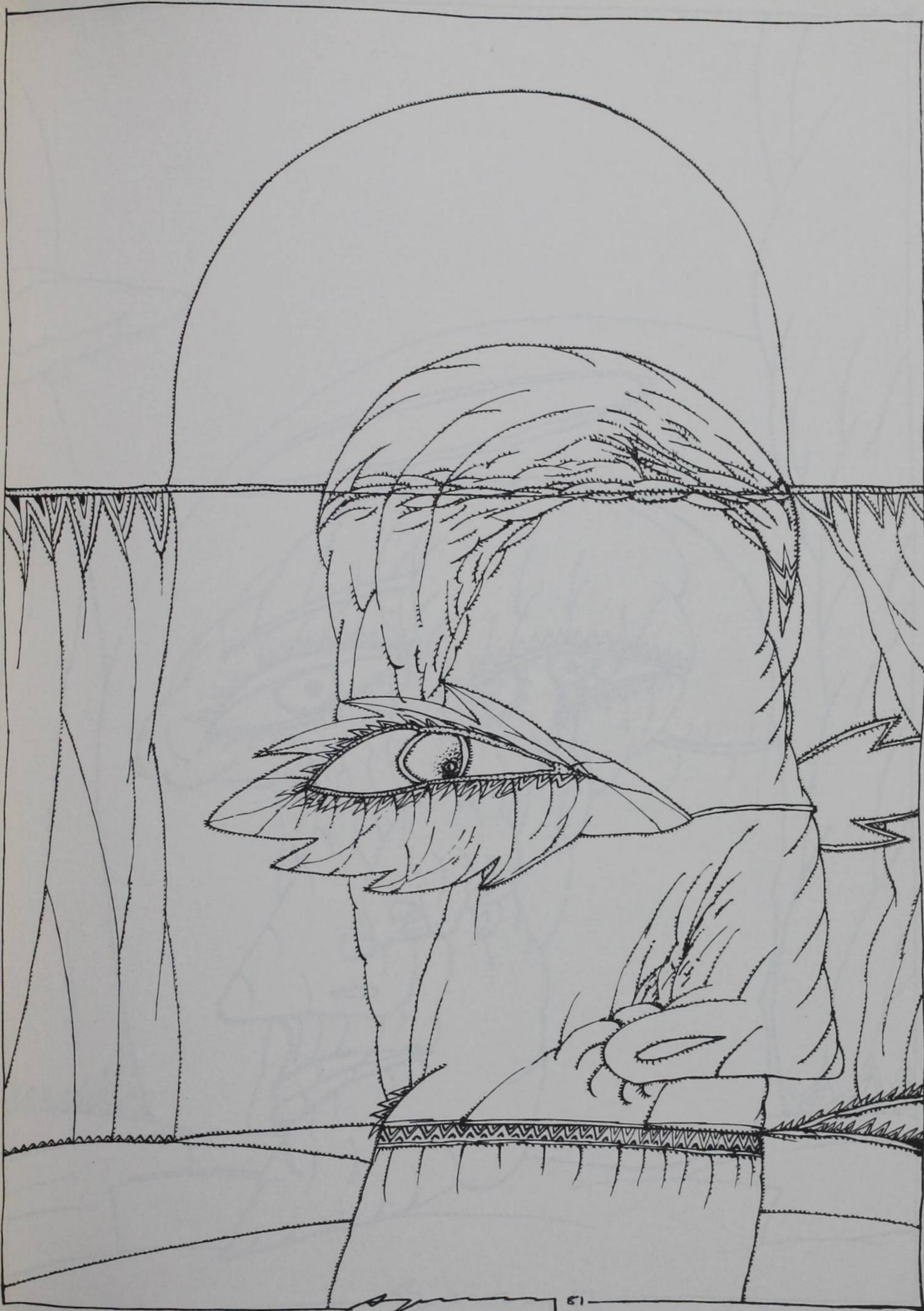


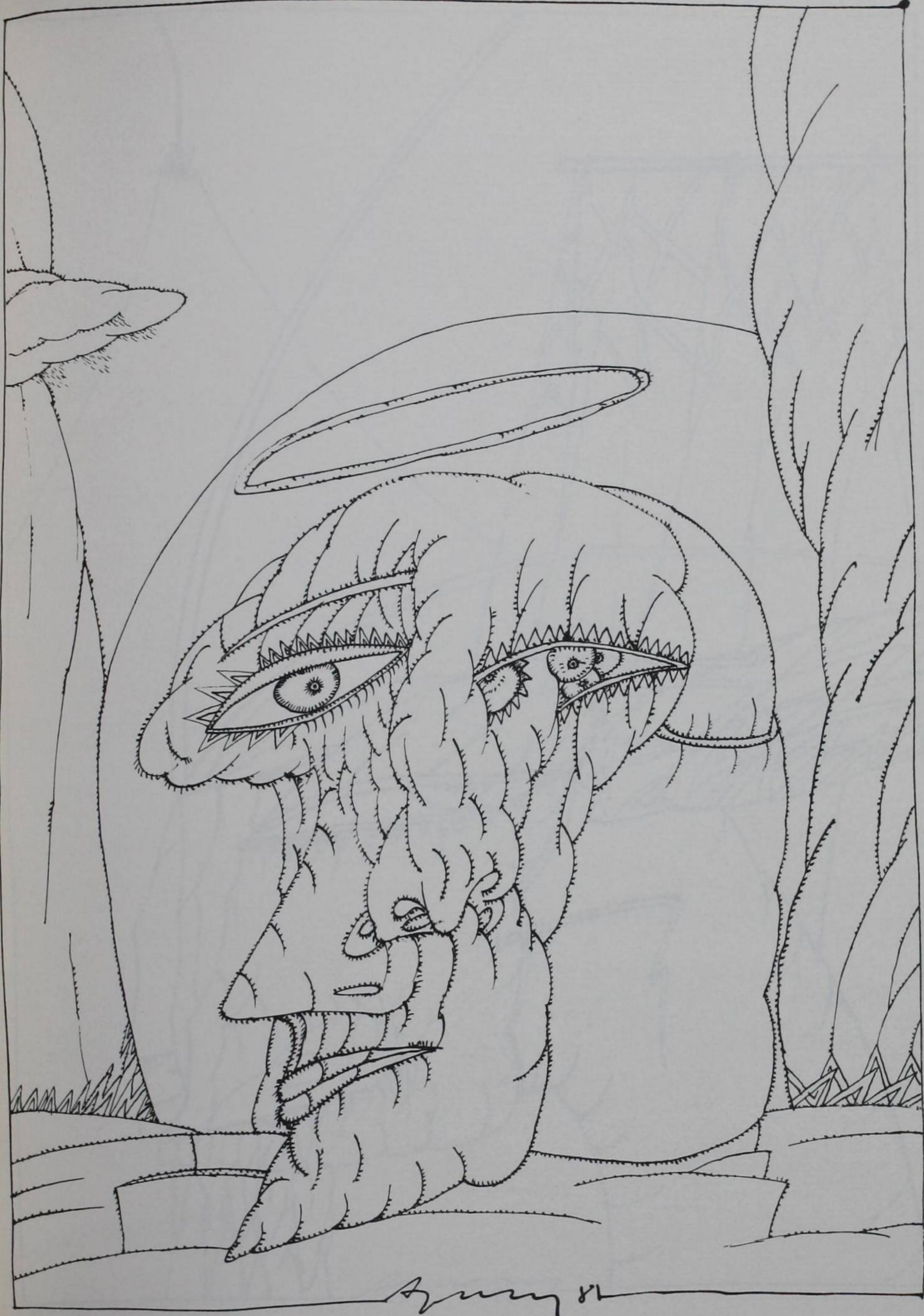
Apuntes 81



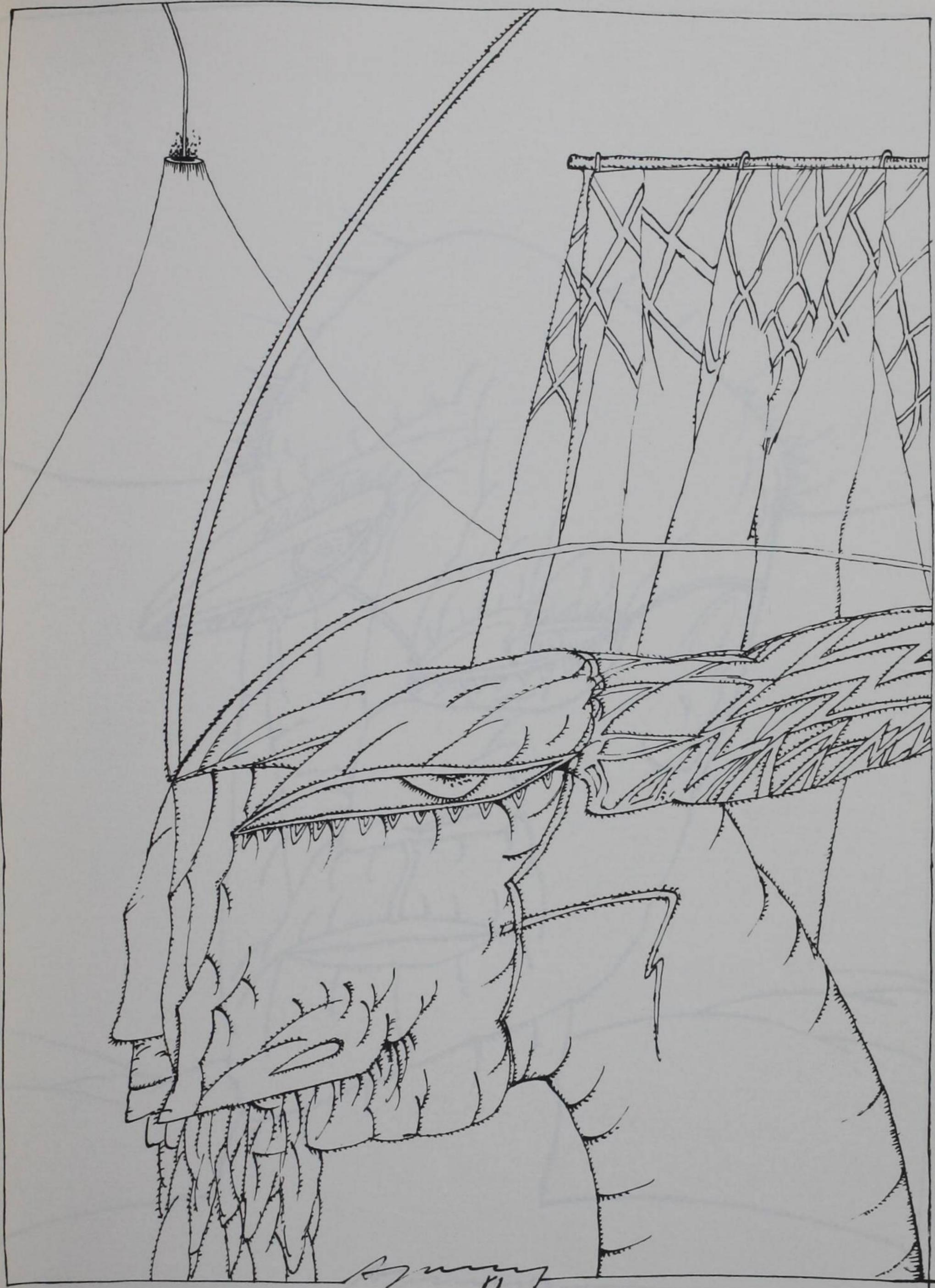
Amey 81

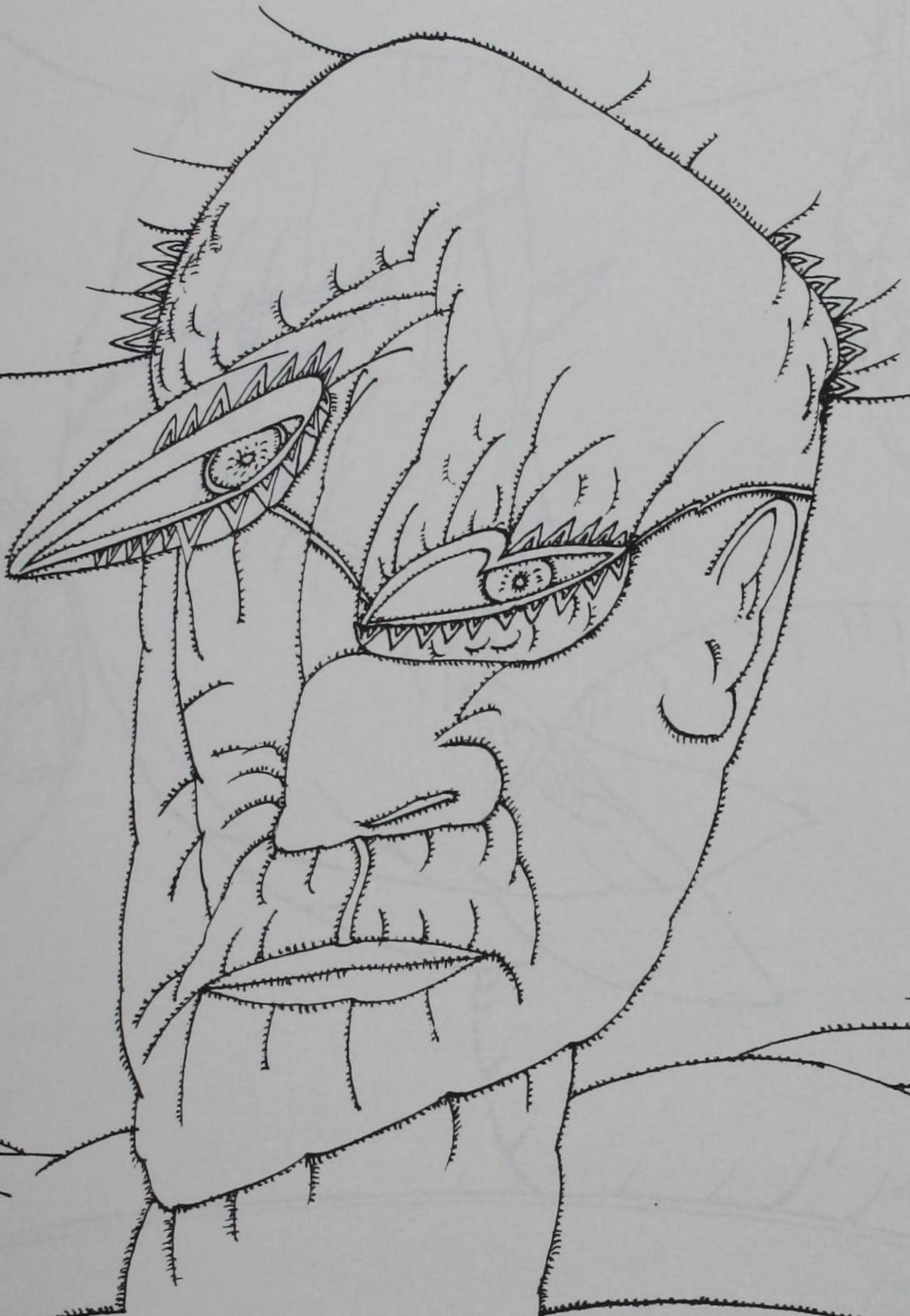




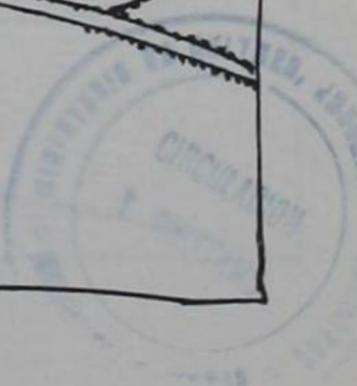
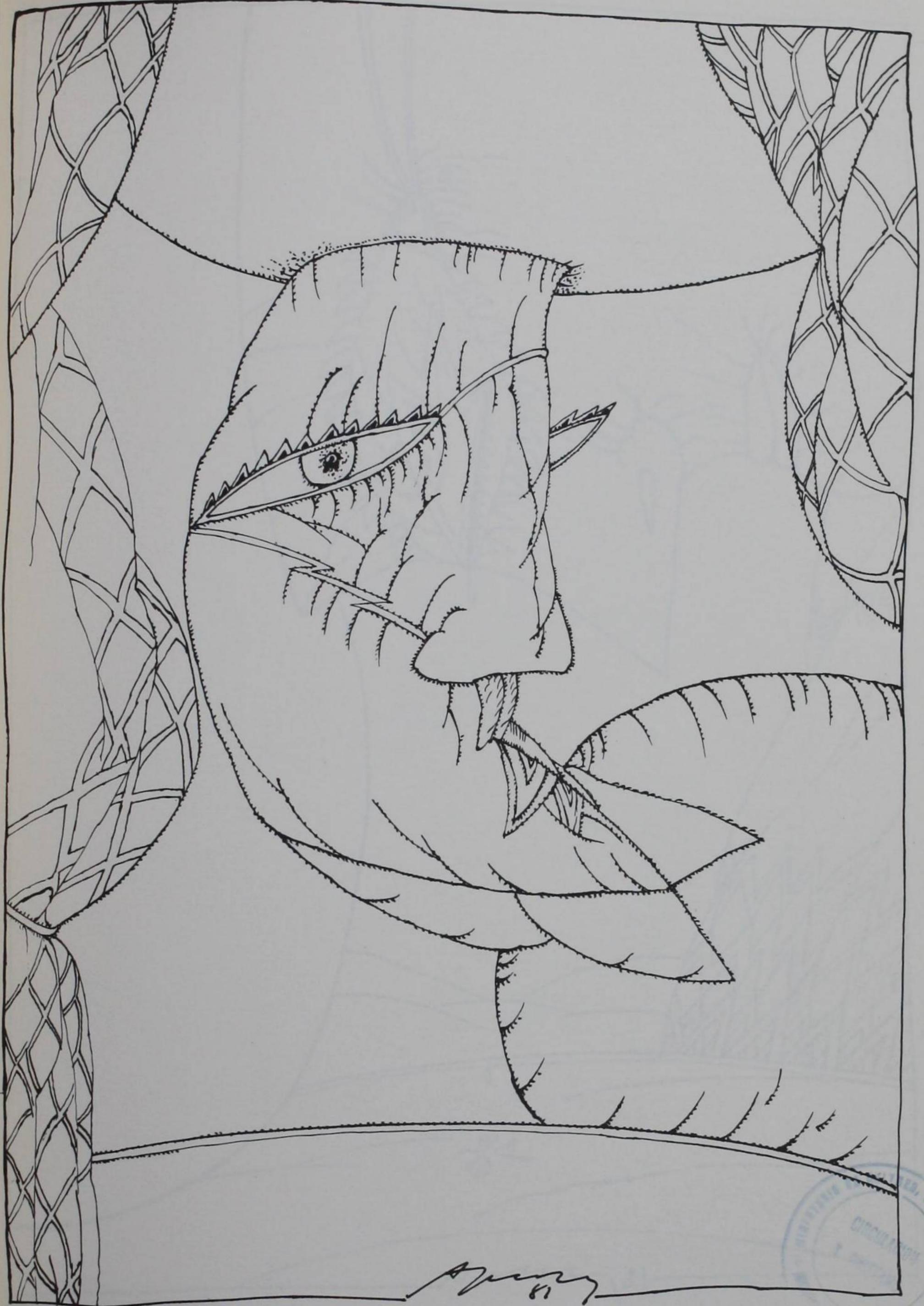


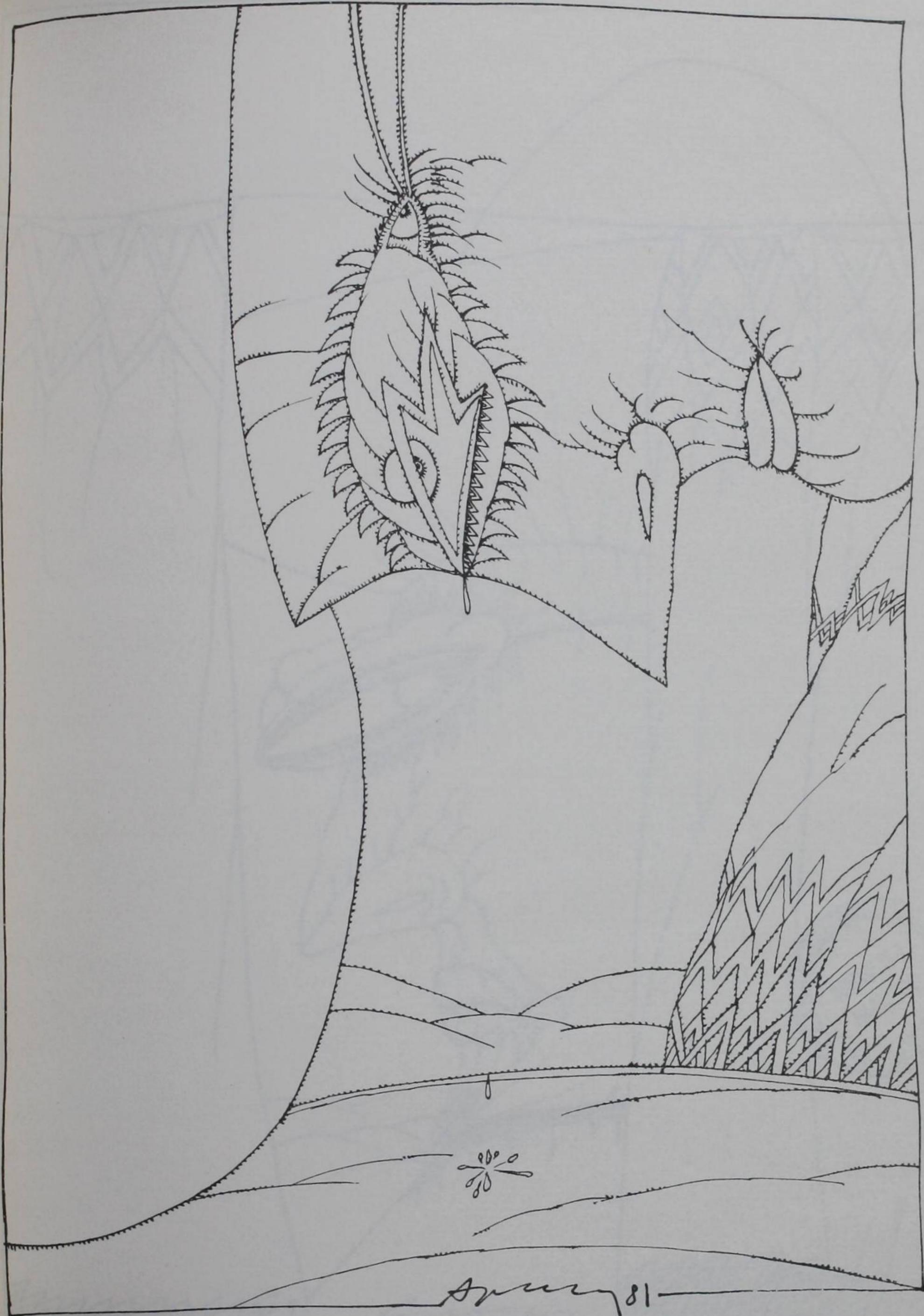
Arroyo 81



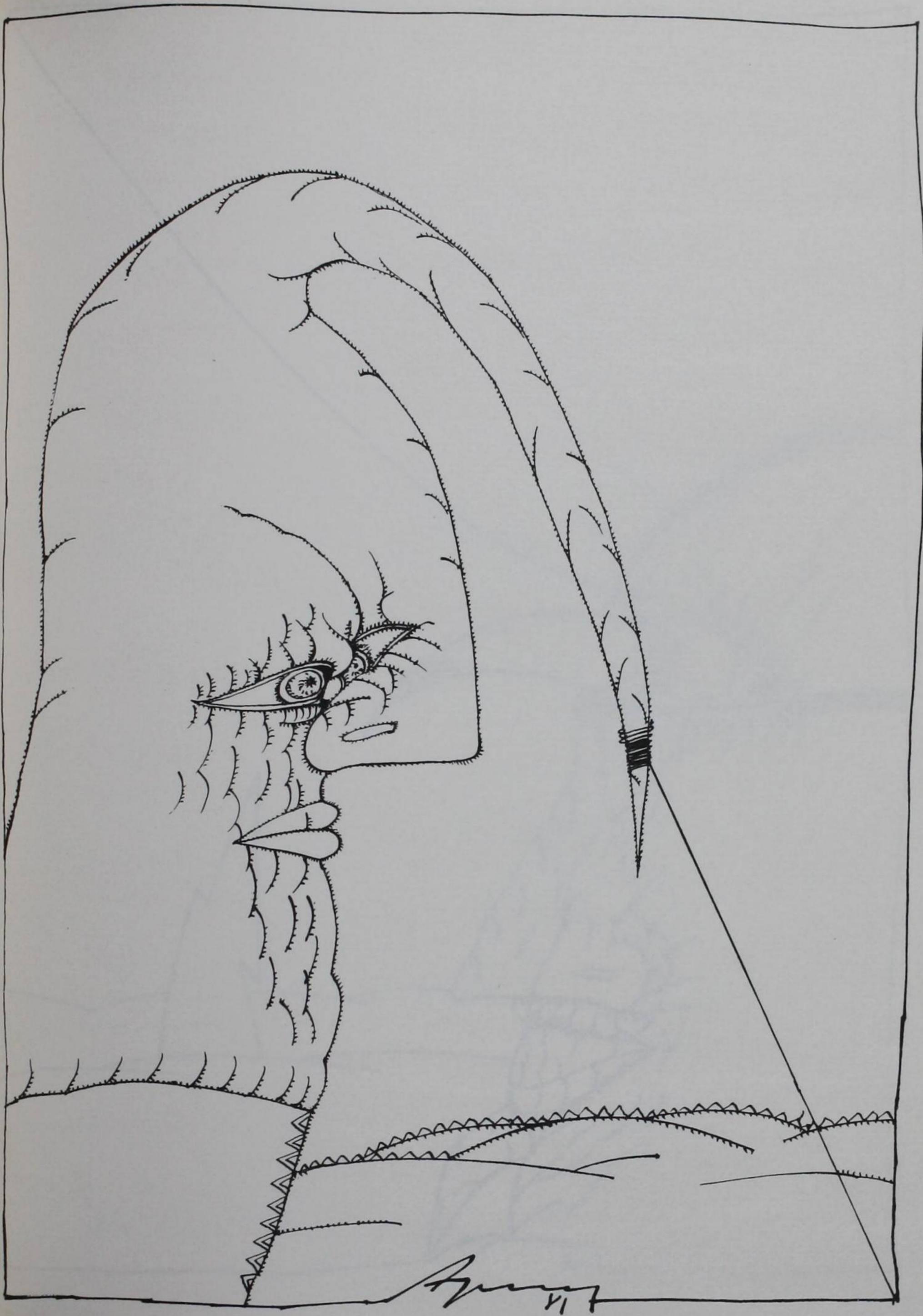


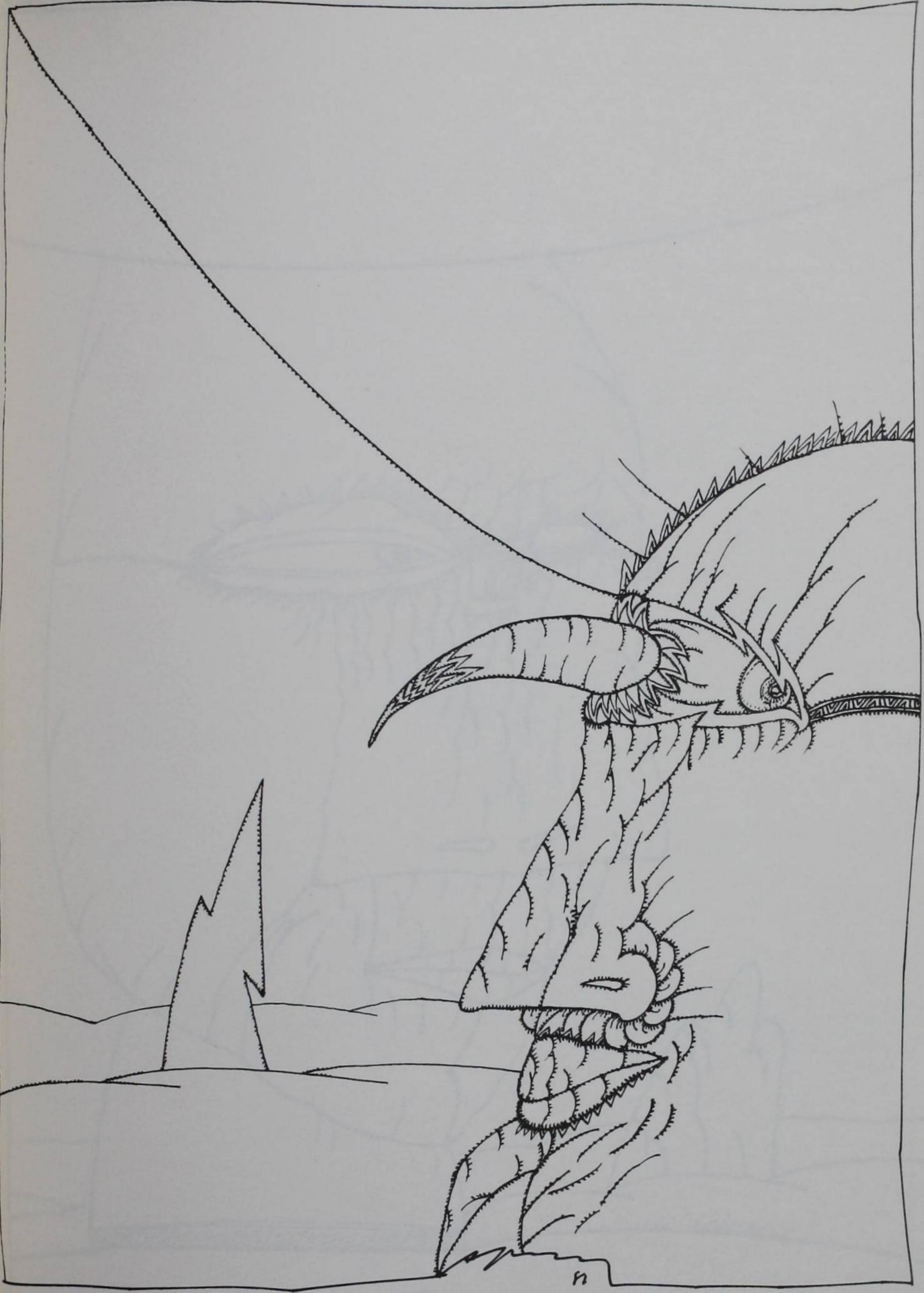
Agencia

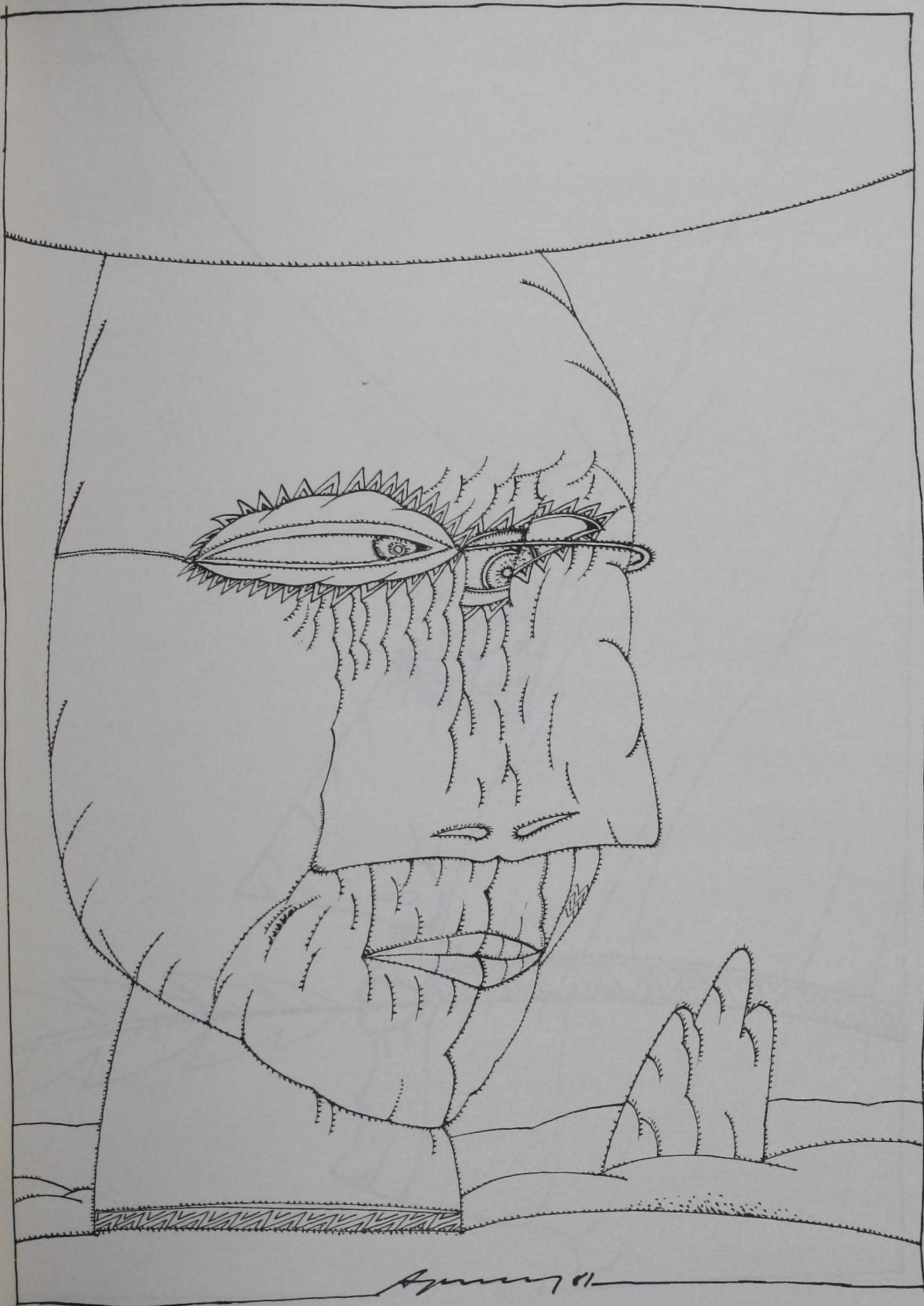




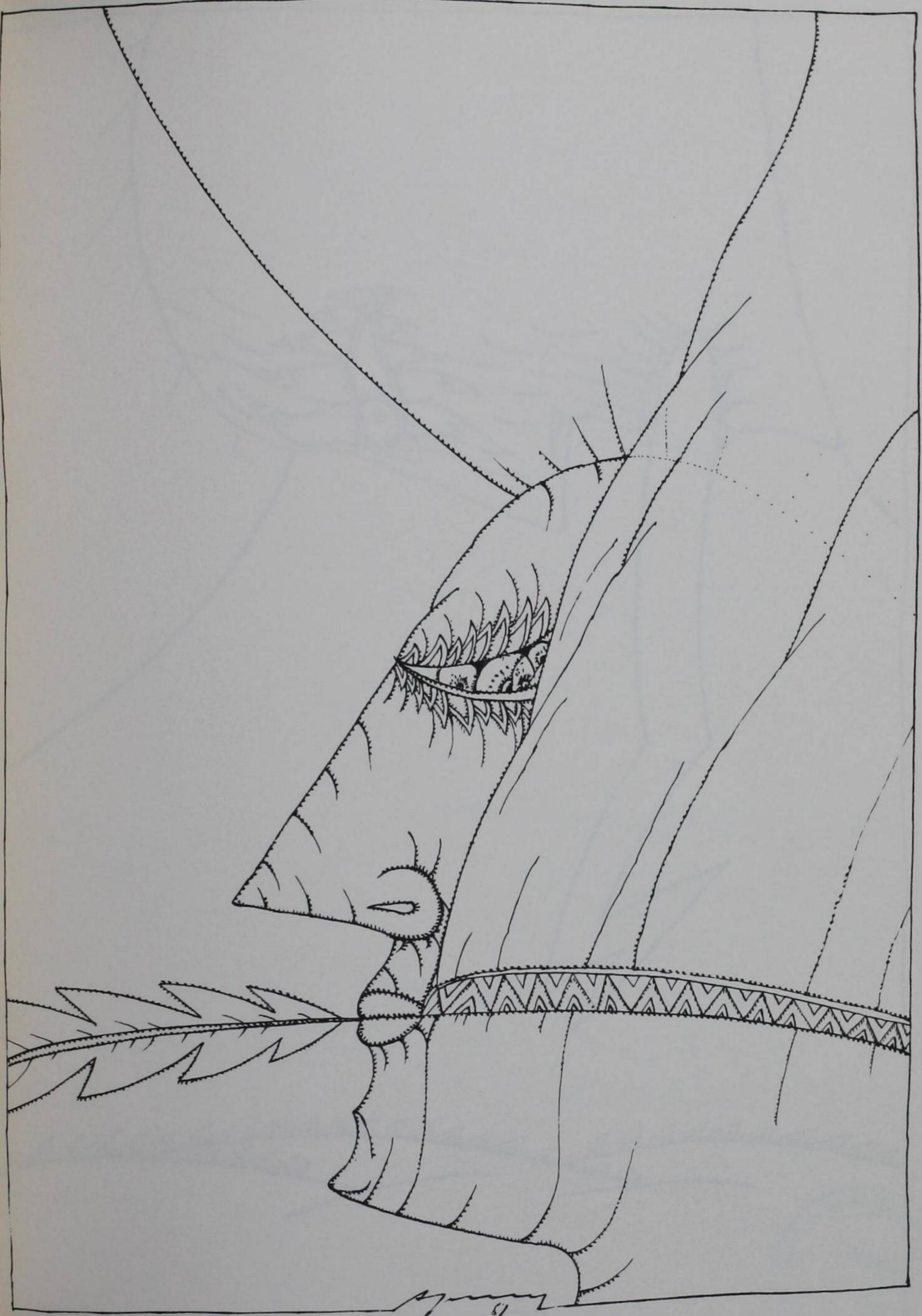




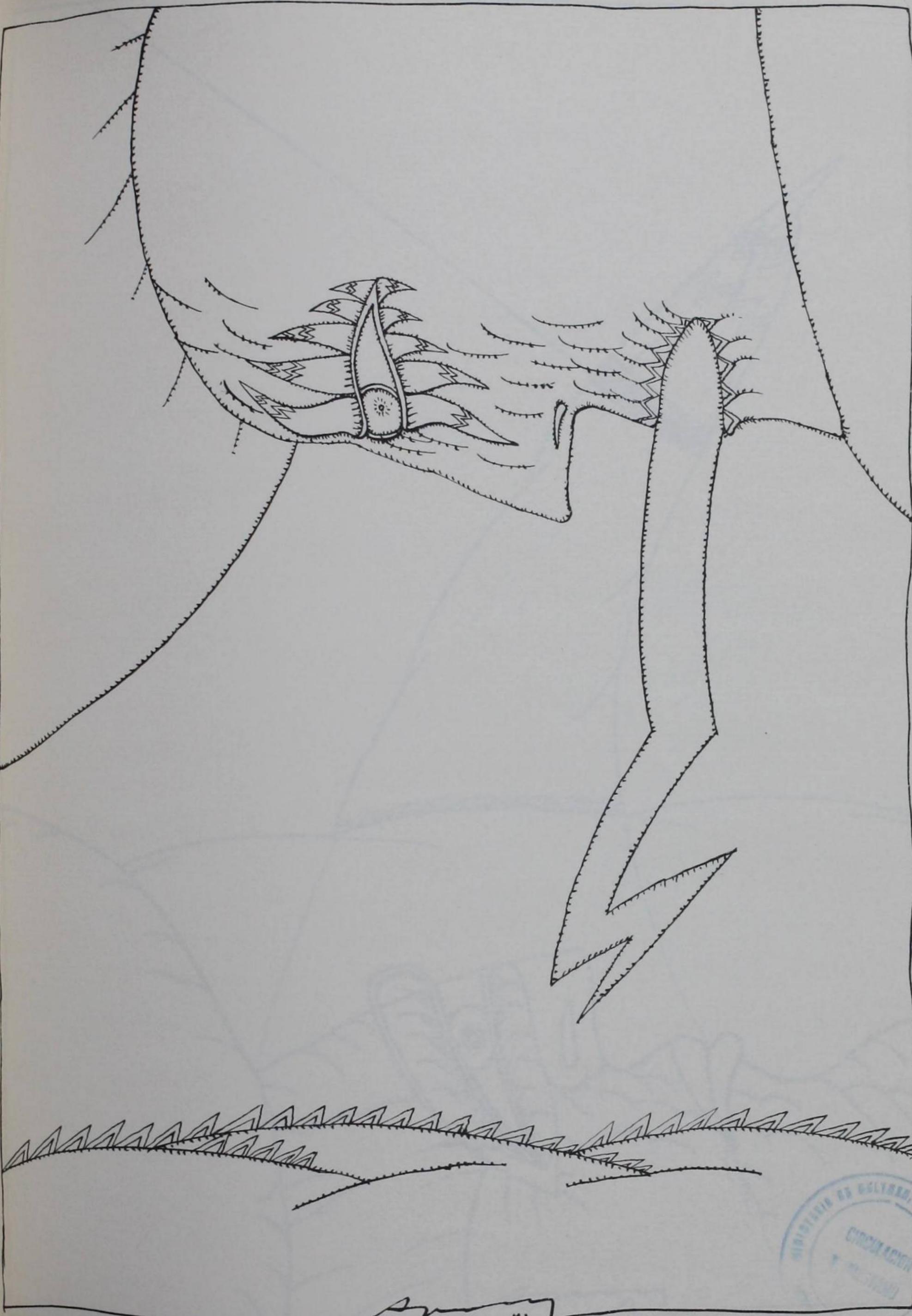




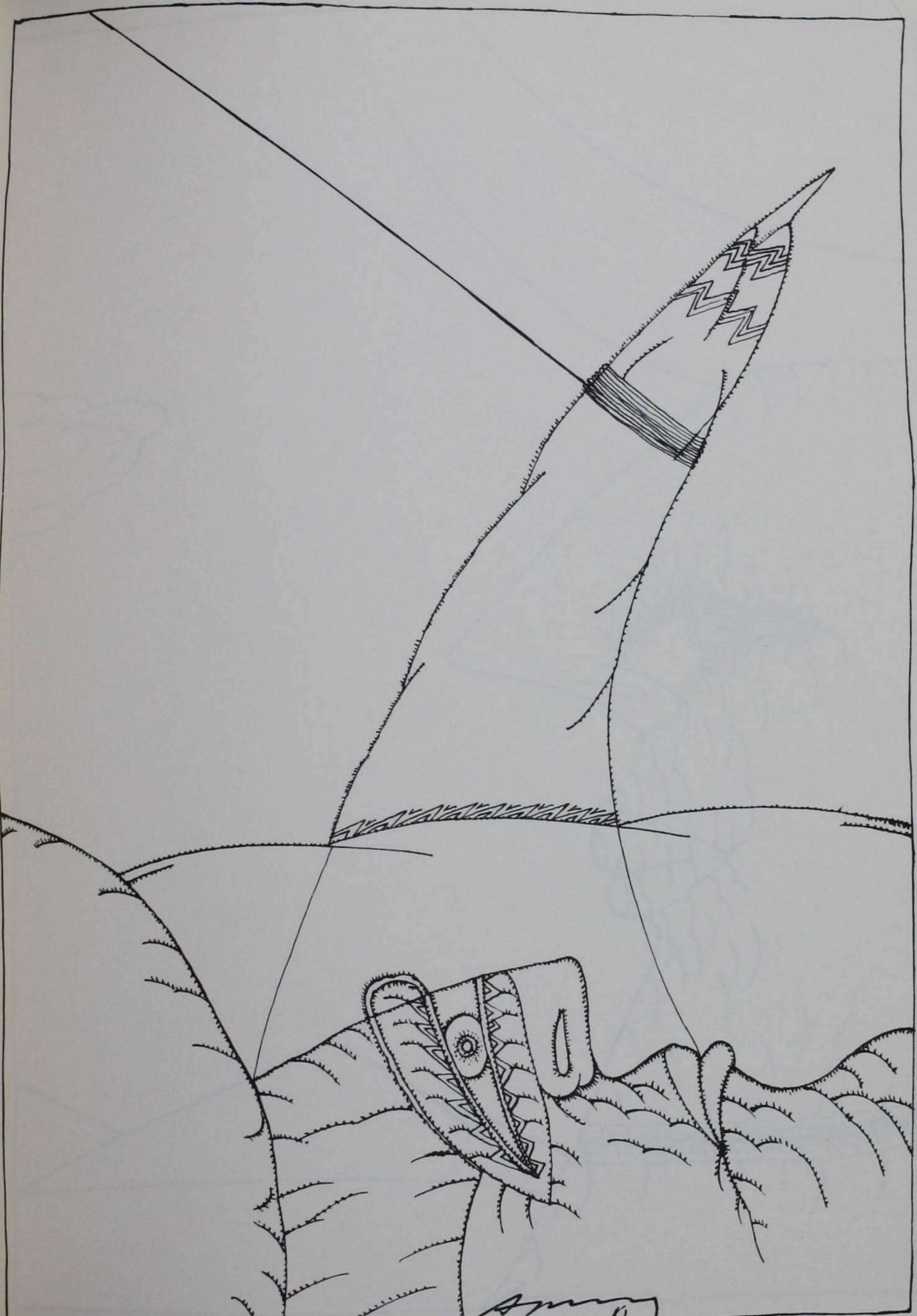
Amun 01

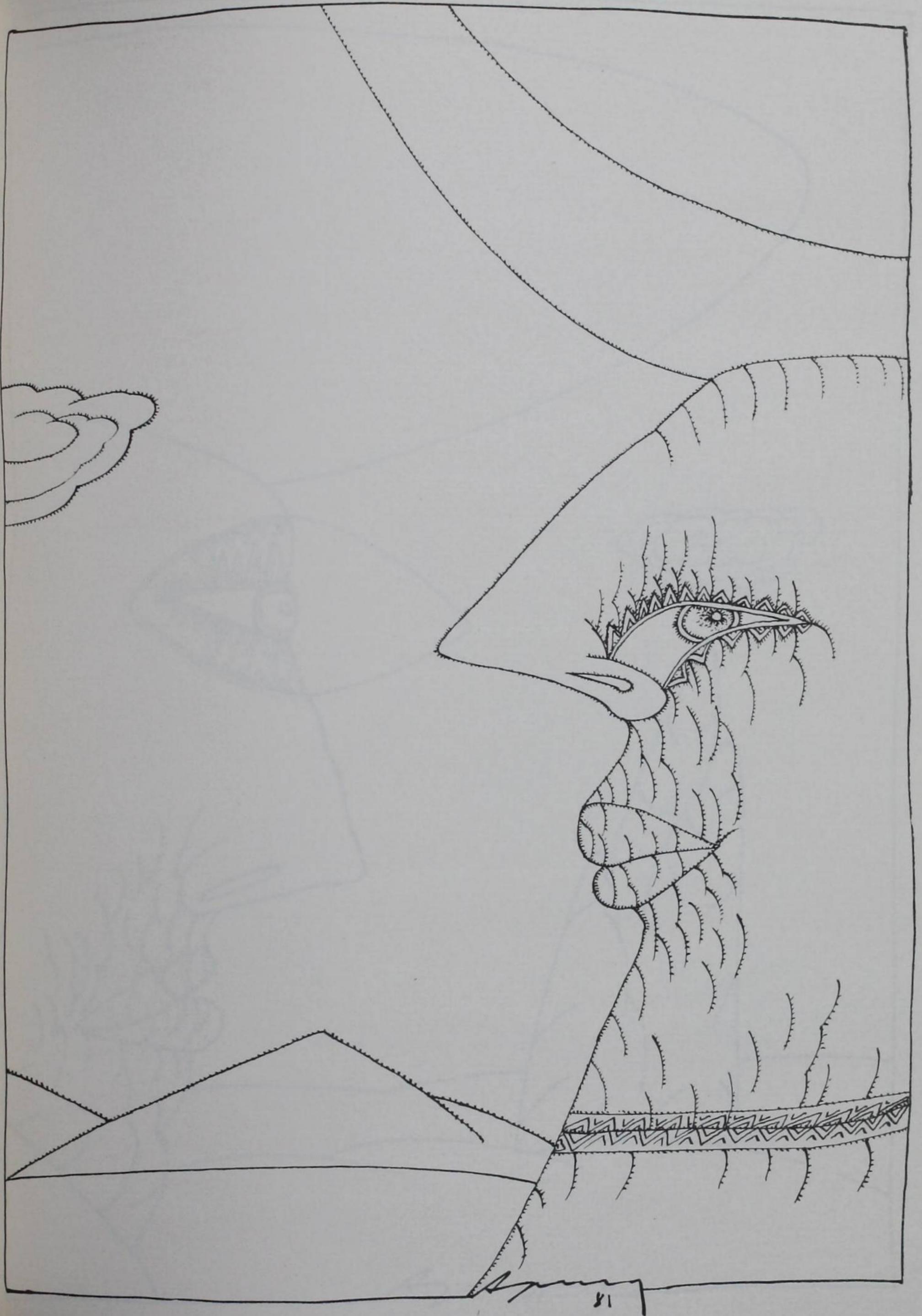


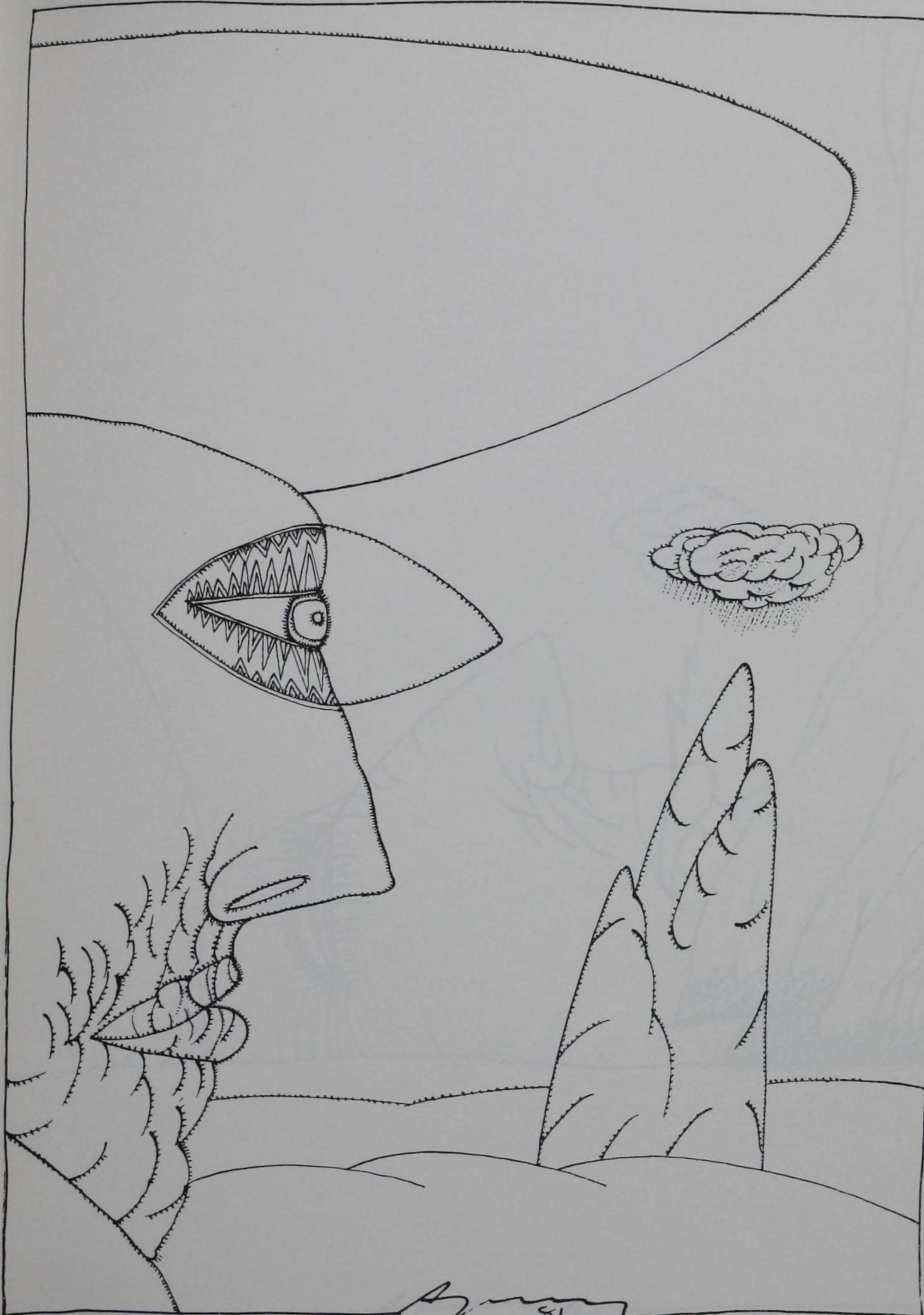
18

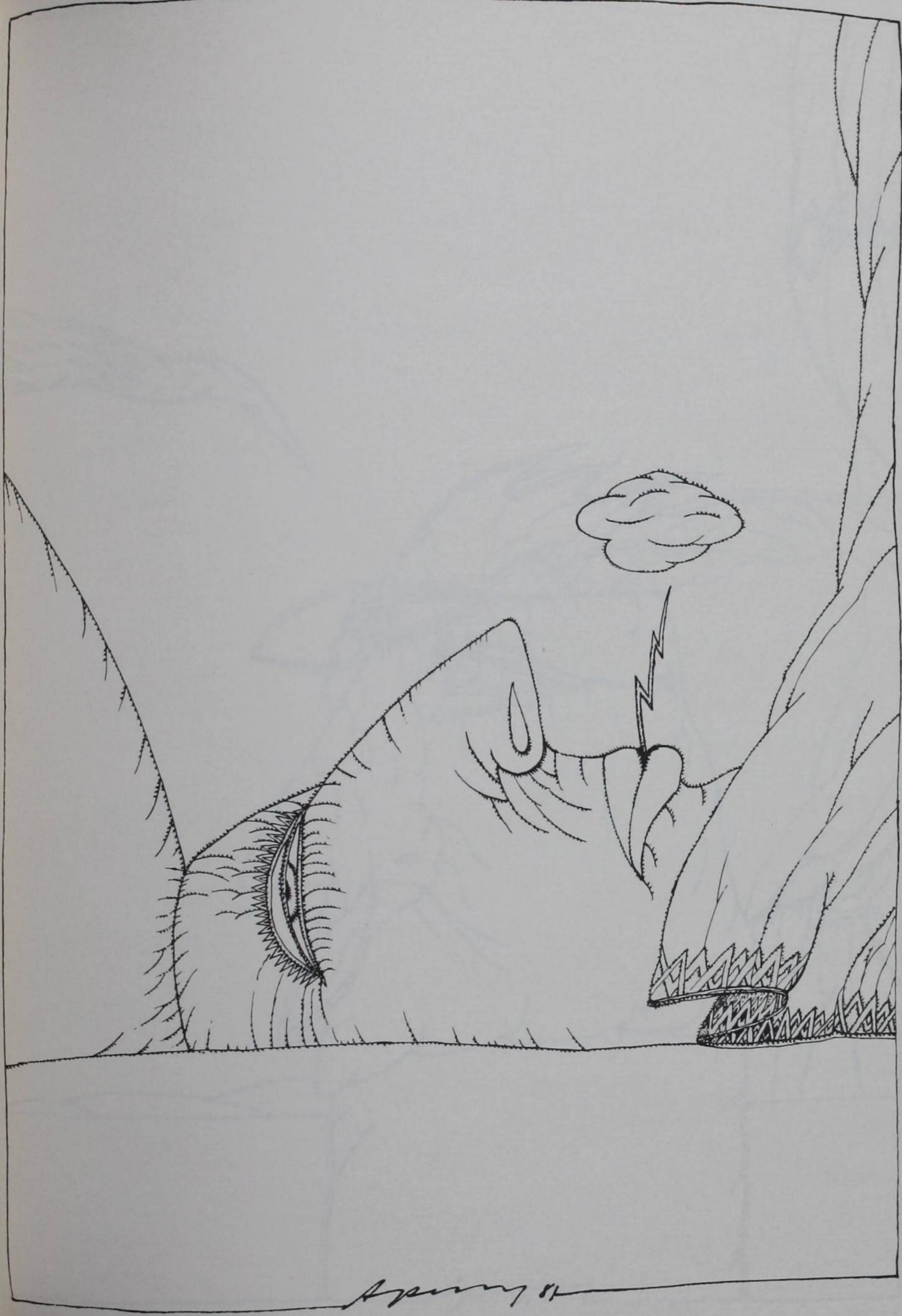


ri

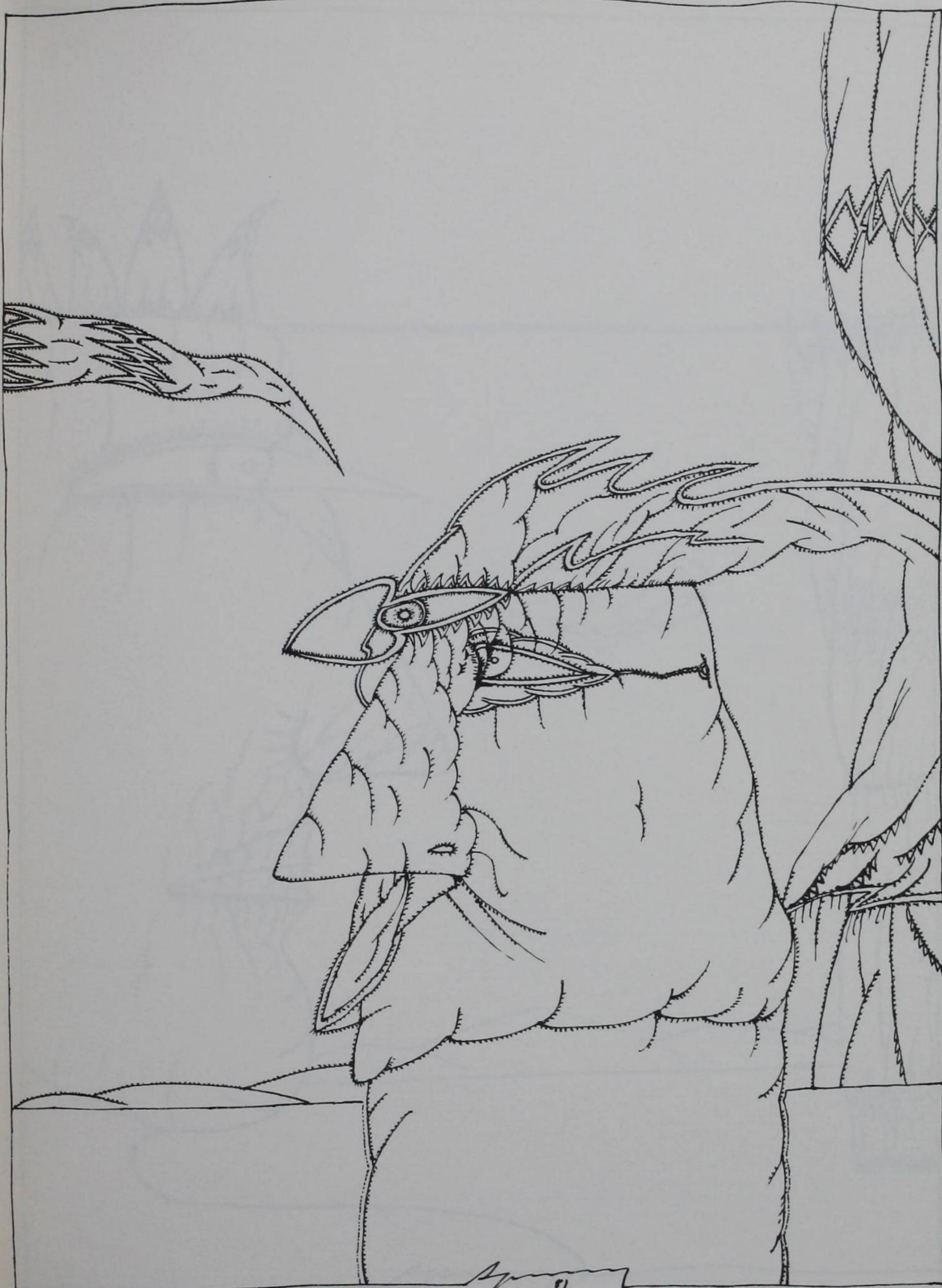








Apuntes 81



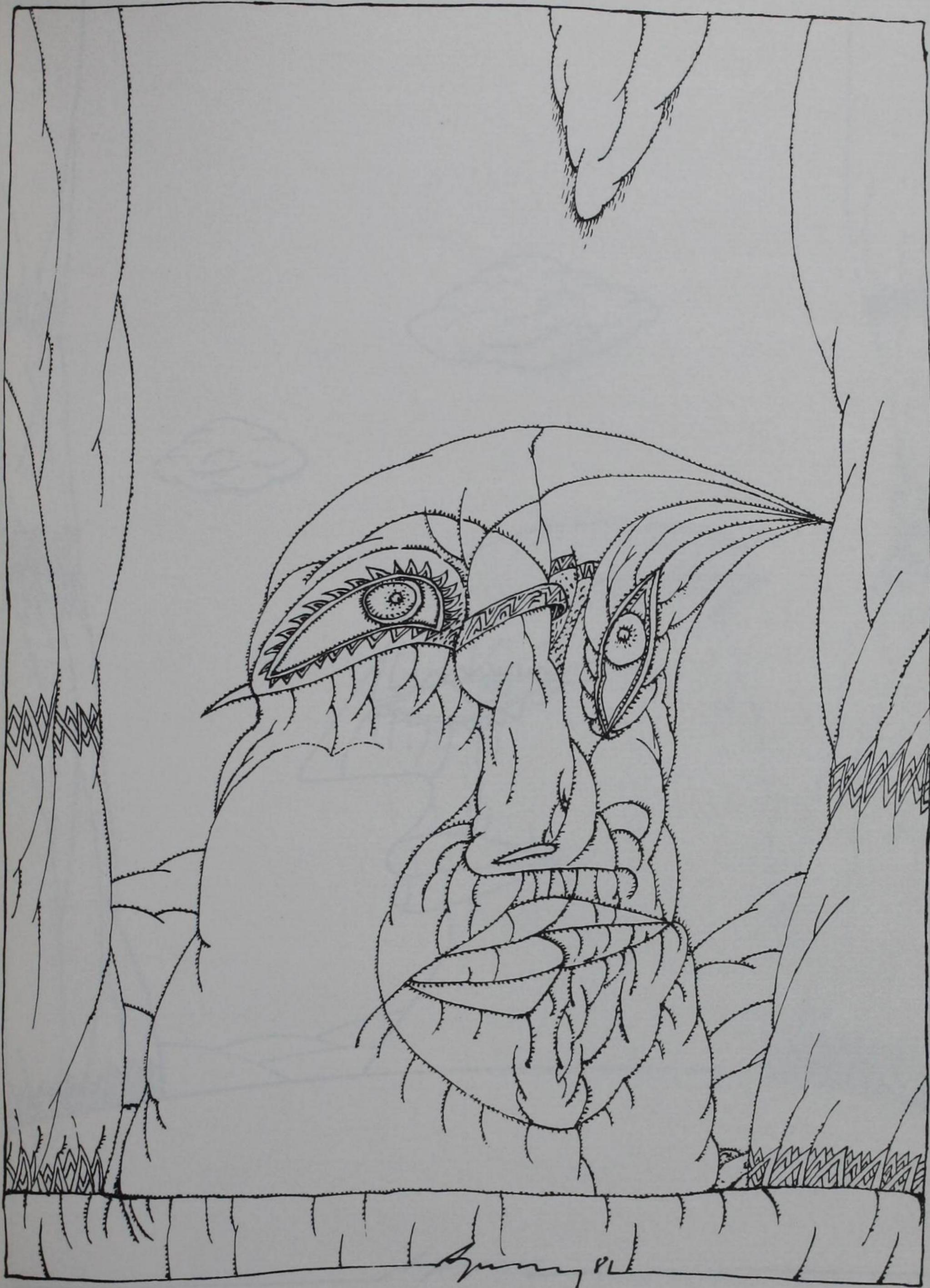




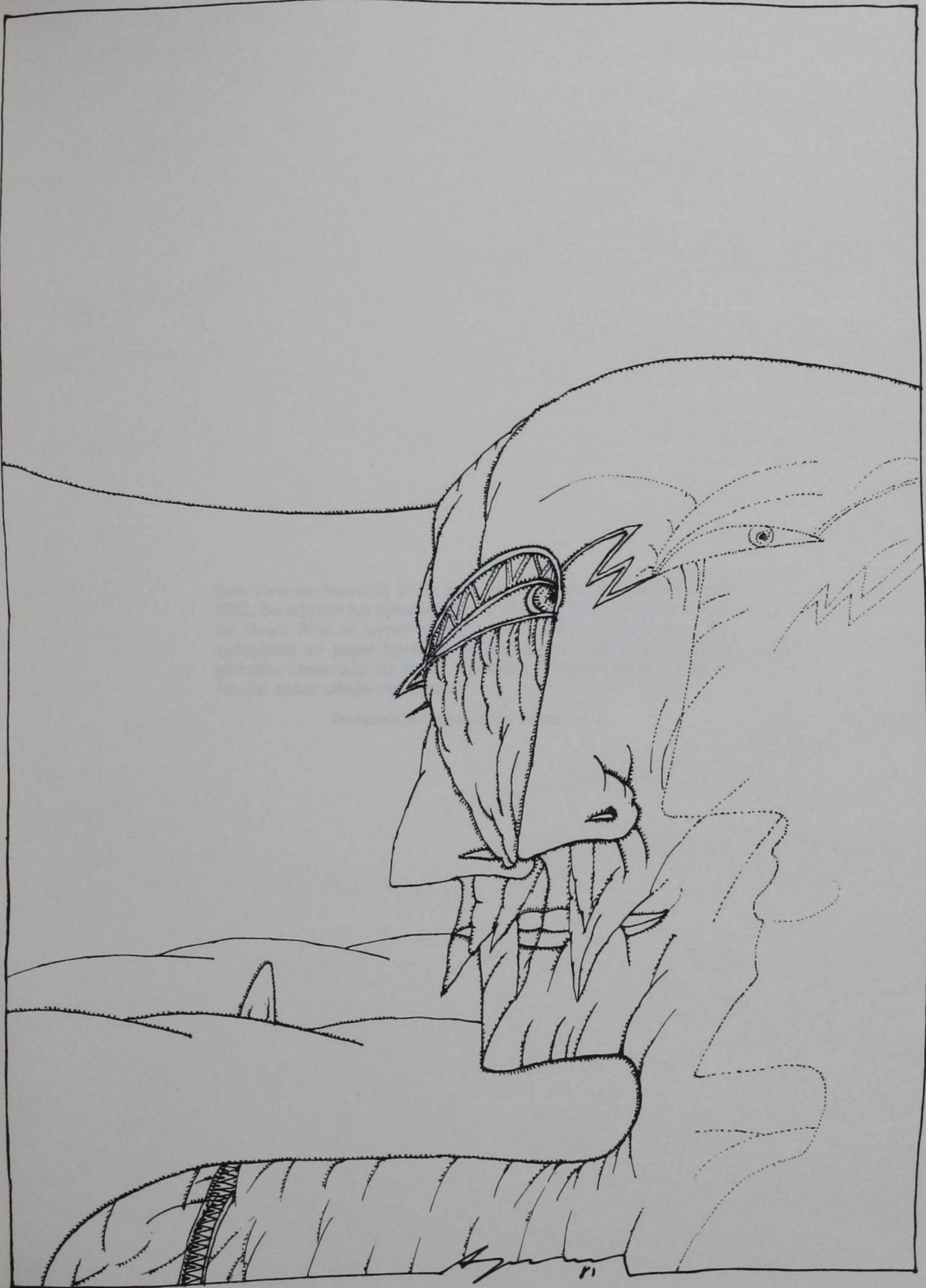
Agustin 81











Este libro se imprimió en la Imprenta Nacional en diciembre de 1982. Su edición fue aprobada por el Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica en sesión número 936. El tiraje consta de 2.000 ejemplares en papel bond de 75 gramos con forro de cartulina gofrada. Levantado de texto: Levantex. Diseñó portada: Miguel Aguilar sobre dibujo del autor.

Prohibida la reproducción de esta obra.